

LUIS HUMBERTO  
CROSTHWAITE

---

IDOS DE LA MENTE

---

LA INCREÍBLE Y (A VECES) TRISTE HISTORIA  
DE RAMÓN Y CORNELIO



de

Lectulandia

Por sus finos toques de humor, su lucidez y su vigencia abrumadora, *Idos de la mente* se ha convertido en un clásico moderno de la literatura mexicana. Impulsados por el ídolo José Alfredo y un Dios omnisciente que disfruta escribir canciones norteñas, Ramón y Cornelio se lanzan a recorrer el largo y sinuoso camino que los llevará a la puerta de la fama internacional. La historia del dueto Los Relámpagos de Agosto es una biografía apócrifa y un irreverente anecdotario rocanrolero; pero, sobre todo, es un extraordinario homenaje a la música popular mexicana.

Es uno de los relatos más hilarantes e inteligentes que ha confeccionado la literatura mexicana contemporánea. Reportaje apócrifo o epopeya desacralizada entrelaza los rasgos de la mitología popular con los de la mitología clásica. Crosthwaite logra una novela homenaje a los fundadores de la tradición musical norteña a través de una metáfora de la contradictoria felicidad que la experiencia artística es capaz de insuflar en los seres humanos. Por su prosa lúdica y traslúcida, lo mismo que por la enérgica intensidad de sus personajes, *Idos de la mente* es, más que una novela, una dulce parranda.

**Lectulandia**

Luis Humberto Crosthwaite

# **Idos de la mente**

**La increíble y (a veces) triste historia de Ramón y Cornelio**

ePub r1.0

Titivillus 15.10.16

Título original: *Idos de la mente*  
Luis Humberto Crosthwaite, 2010

Editor digital: Titivillus  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

Los personajes de este libro, así como el narrador, el autor, los amigos del autor, incluso la presente nota, son ficticios. Sólo la música es real.

Para mi hija Alejandra,  
Janita preciosa de mi corazón.

Ramón está triste. Ha recibido una noticia que no esperaba y que lo ha hecho sumirse repentinamente en una profunda depresión. Sentado en la cama, ha pedido a los otros músicos que lo dejen solo con su acordeón.

En momentos como este podría escribir una canción melancólica que haría llorar a muchas personas. Nada como un mal estado de ánimo para escribir una buena canción. Cierra los ojos y puede ver las notas apareciendo y desapareciendo en las esquinas de su cerebro como un anuncio luminoso en una marquesina. La melodía viene y se va de sus manos. Junto a la melodía se integran algunas palabras que hablan de amistad y traición. Es un corrido, una de esas canciones que elevan el espíritu, que dejan testimonio de la presencia del hombre sobre la Tierra. Sin lugar a dudas sería un éxito. Otro triunfo de Ramón.

Piensa levantarse y apuntar la letra de esa canción para que no se le olvide. Pero le gana la tristeza, una de esas pesadumbres que se clavan profundamente en las entrañas y que luego es difícil sacarla. Continúa sentado y las estrofas lentamente van desapareciendo de sus pensamientos. La canción se va.

Su acordeón rojo y blanco está en un sillón, parece comprender la desdicha de su dueño.

## **Estos eran dos amigos**

Tengo un libro vacío  
y lo voy a empezar;  
tengo sed de cariño,  
tengo ganas de amar.

Raúl Ramírez

CORNELIO: Nos conocemos de toda la vida. Cuando desperté, el Ramón ya estaba por ahí.

RAMÓN: Qué te pasa. Ni que durmiéramos juntos.

CORNELIO: Yo no dije eso, güey.

RAMÓN: Luego por qué dice la gente...

CORNELIO: Lo que yo trataba de expresar, güey, antes de que me interrumpieras, es que nos conocemos prácticamente desde que nacimos.

RAMÓN: ¿Que no te acuerdas de la escuela?

CORNELIO: ¿Cuál escuela?

RAMÓN: La escuela, la escuela.

CORNELIO: ¿Qué tiene?

RAMÓN: Íbamos juntos, güey, ahí nos conocimos. Estábamos en el mismo salón, hacíamos la tarea, odiábamos a los profesores, comíamos tortas de atún a la hora del recreo.

CORNELIO: ¿Seguro que era conmigo? ¿No sería con otro Cornelio? (*Se ríe.*)

RAMÓN (*sarcástico*): Ah, pos a lo mejor. Porque yo soy testigo de que hubo varios Cornelios.

CORNELIO: No empieces con eso otra vez.

RAMÓN: De veras, güey. Cuando digo lo de la escuela estoy hablando del Cornelio de antes. Porque un día mi amiguito se volvió otro; pero eso ya fue cuando estábamos tocando. Nada tiene que ver con nuestra infancia.

AB<sup>[\*]</sup>: ¿A qué te refieres con «otro»?

RAMÓN: ¿Otro?

AB: Dijiste que Cornelio era otro.

RAMÓN: ¿Cuándo?

AB: Lo acabas de decir.

RAMÓN: Ah, sí.

CORNELIO: Ya vas a empezar con eso.

RAMÓN: De repente Cornelio se volvió muy creativo, güey. Muy cantautor. Cuando éramos morros nada más pensábamos en pasarla bien, jugar, hacer travesuras y desmadre. Eso sí, güey, siempre juntos. Yo me acuerdo que eso nos metía en problemas con nuestras mamás.

CORNELIO: Se odiaban.

RAMÓN: Ah, ¿ya te acordaste?

CORNELIO: Me acuerdo de mi madre; no de la tuya, güey.

RAMÓN: Las dos eran iguales. Se odiaban, quién sabe por qué. Y lo peor para ellas es que nosotros éramos amigos, güey, más que amigos...

CORNELIO: ¿Amantes?

RAMÓN: Conste, eh. Luego por qué salen los rumores.

CORNELIO: Pos aclara, Ramón. Si tú dices que éramos más que amigos...

RAMÓN: No seas payaso, pinche Cornelio. Sabes a lo que me refiero. Éramos compitas de los buenos, siempre juntos, ya sabes. Hasta buscábamos las mismas novias.

CORNELIO: Hey, hey, hey. Qué te pasa, güey. Mis novias eran mis novias. Amor no es compartir; bueno, en algunos casos.

## Sabes bien que tu vida es mi vida

Ramón y Cornelio siempre juntos. Se les ve por la calle, caminando; en la escuela, casi nunca. En el cine, disfrutan las mismas películas, tienen los mismos gustos. ¿Dónde está Ramón? Con Cornelio. ¿Dónde está Cornelio? Con Ramón. ¿Buscan a los dos? Andan juntos.

La gente habla de ellos a sus espaldas. No está bien, dice la gente. Y luego tan jóvenes. Comen juntos. Se les ve en los cafés, platicando. Piden la misma marca de refresco. Se les ve escribiendo en libretas apuntes largos. Pareciera que escriben lo mismo. No está bien que escriban tanto. Resuelven crucigramas: Ramón, verticales; Cornelio, horizontales. Se les observa durante largas caminatas, siempre sonriendo. Pasan frente a la peluquería, frente a la reparación de calzado, frente al mercado, frente a la farmacia. Largas caminatas, ambos serios, cavilando.

Pasan largos ratos en el cuarto de Ramón. La mamá se acerca a la puerta; pero sólo escucha silencio. Ramón en su cama, Cornelio en el piso, ambos acostados, manos cruzadas detrás de la cabeza. Miran el techo, el foco, las manchas de humedad. Largo rato sin hablar.

No está bien, dice la gente. Las mamás se preocupan.

## Espero que tú escuches esta canción

El radio es buen cómplice para Ramón y Cornelio. Derrama música y ésta sigue su cauce por las calles de Tijuana, de casa en casa, tocando puertas como un imprudente vendedor ambulante. Los niños, las amas de casa, los hombres desempleados abren las puertas de sus hogares en la mañana y dejan que entre la música para comenzar el día.

La ciudad se vitaliza. Desde el obrero que tiene poco tiempo de haber llegado, pero que ya tiene trabajo, gracias a Dios; hasta el dueño de empresas y fraccionamientos que piensa sólo en números y estadísticas; desde el agente de tránsito que sale caminando rumbo a la avenida que le fue asignada; hasta el asaltabancos que ha preparado cuidadosamente su siguiente hurto.

La ciudad despierta envuelta en un torrente de música.

Sin saberlo, Ramón y Cornelio adivinan el futuro. Ramón sostiene un instrumento imaginario mientras Cornelio utiliza una botella como micrófono. Interpretan una canción que les gusta, que han escuchado en el radio, reciente éxito del ídolo José Alfredo.

Ramón y Cornelio acostados en el piso. Miran el techo, el foco, las manchas de humedad. Botes de cerveza vacíos regados aquí y allá. Moscas dan vuelta y vueltas en el mismo sentido.

—...

—Oye, ¿no se te antoja hacer un dueto?

—¿Un dueto?

—Una banda.

—¿Una banda?

—De música.

—¿Música?

—Que si no se te antoja tocar algún instrumento.

—Para qué.

—Pos nomás. Como nos gusta tanto la música... No sé. Es lógico, ¿no?

—¿Lógico?

—No sé.

—¿Te refieres a una banda de rock?

—¿Te gusta el rock?

—Ni madres.

—¿Entonces?

¿Te refieres a un dueto de música norteña?

—Claaaro.

—¿Pa llevarle serenata a las muchachas?

—Pa lo que quieras.

—¿Pa tocar de cantina en cantina y tal vez grabar un disco y tal vez llegar a ser famosos como José Alfredo?

—Pa lo que quieras.

—...

—¿Qué te parece la idea?

—¿La verdad, la verdad?

—La verdad.

—Me da flojera.

## Ésa fue mi mejor aventura

Lo tenía que decidir la suerte. Ambos querían tocar el acordeón, pero era imposible. ¿Dónde se ha oído de un dueto norteño con dos acordeones y sin bajo sexto?

Lanzaron una moneda.

Cornelio era versátil y aprendía a tocar los instrumentos con facilidad. Poniendo cuidadosa atención a las lecciones de su libro *Bajo sexto sin maestro*, no tardó en sacar sus primeras piezas.

A Ramón se le dificultaba el acordeón, tenía demasiados botones; cada uno de ellos, al presionarse, producía un sonido distinto. Abría el acordeón y producía una serie de notas, lo comprimía y se escuchaban otras, muy distintas a las anteriores. Qué ocurrencia.

Días y noches ensayando hasta que los dedos dolían y los ojos se cerraban por el cansancio. Poco a poco los ruidos se convertían en música, se transfiguraban. Allá, en la lejanía, se asomaban unas canciones; primero tímidamente, después con seguridad y bravura: *Las tres tumbas*, *La cárcel de Cananea*, *Nocturno a Rosario*.

## Todo lo que digas será al revés

La mamá fue muy categórica. No quiero que te juntes con ese muchacho. ¿Cómo se llama? Es mala compañía. Sólo te puede llevar por caminos de perdición y deshonor. No es necesario recordarte, querido mío, que tu destino es volar por encima de los mediocres. Quizá no lo entiendas ahora pero tu mamá te brinda estos consejos porque sabe que la vida está llena de infortunio. En resumidas cuentas: deberías escoger mejor a tus amistades. No quiero que lo vuelvas a ver, ¿me oyes? Ya estuvo bueno de que frecuentes a esa gente.

El hijo se comprometió con su mamá a seguir esos consejos al pie de la letra. Le dio un beso en la mejilla izquierda y le hizo cariños en la nuca como a ella le gustaba.

Desde entonces los ensayos serían en la casa de su amigo.

## Tú y las nubes me tienen loco

José Alfredo parado en una esquina, lentes oscuros. Mira hacia las nubes. Hombres, mujeres, niños y niñas se acercan a saludarlo, quieren darle palmaditas en la espalda, quieren platicar con él.

José Alfredo es complaciente: —Todo se lo debo a ustedes. Sus aplausos me motivan.

Gracias, le dice a las personas que se reúnen a su alrededor. Gracias por sus canciones y su música, responden ellas.

Saluda, sonrío, abraza, reparte monedas entre los niños.

Varias personas le solicitan autógrafos: saludos sinceros para Marco, cordiales agradecimientos para Manuel, gratitud eterna para Abraam, con afecto para el Güero, con esmero para Paulina, con respeto para Gaby.

Una gentil firma para el brioso abogado Pancho, otra para el gallardo sacerdote Martín. Una atenta rúbrica para la querida Yoya, para el bizarro León, para la heroica Nallely; dedicatoria para la reportera Mariana, la sobrina Karla y el beisbolista Andrés.

José Alfredo se va.

Las personas están felices por haberlo encontrado: obreros cansados, sirvientas que corren al mercado, profesionistas aburridos, albañiles entusiasmados tienen un día mejor, tienen una anécdota que contar: José Alfredo, José Alfredo. Hoy lo vi, fue casualidad. Estaba en el bar. Lo miré al pasar. Me saludó. Hablé con él. Le gustaron mis ojos. Es más alto de lo que imaginaba. Es más chaparro. Es muy varonil. Parece homosexual. Me dijo. Me habló. Sonreía.

José Alfredo se va.

Los cuerpos se dispersan, las bocas sonrían, las manos ondean una despedida, los pies continúan su camino por las banquetas de la ciudad.

Y sólo quedan las historias.

Y la música.

La música que permanece en la calle durante varios días.

## Debut sin despedida

Hicieron su debut en el cumpleaños de la tía Yadira. Los parientes fueron muy amables y aplaudieron con entusiasmo sus interpretaciones de *Las tres tumbas*, *La cárcel de Cananea* y *Nocturno a Rosario*. Ramón y Cornelio prometieron volver a tocar para ellos en la próxima fiesta.

Más tarde se acercó la tía Yadira y, en tono maternal, les explicó que en realidad eran muy malos músicos y que sus arreglos parecían estruendosos descarrilamientos de ferrocarril. No cualquier descarrilamiento. No. Descarrilamientos con pasajeros. Pesadilla, dolor, tragedia imborrable.

—¿Por qué no se dedican a otra cosa?

Ellos reflexionaron con mucha seriedad sobre la sugerencia de la tía Yadira y estuvieron a punto de abandonar la música. Ramón podría ser arquitecto, eso le gustaría a su mamá, y Cornelio era hábil para hacer figuritas de yeso.

Sólo que sucedió algo inesperado: Cornelio iba caminando por la calle, cuando observó que en el cielo nublado se abría un espacio de azul y de ahí surgía un haz de luz muy fino y brillante que llegaba hasta sus pies.

Hey, qué onda, acércate un poquito, tengo algo que decirte —le dijo Dios.

## El primer sombrero

Ramón acaba de comprar un sombrero tejano, su primer sombrero. Perfecto, superlativo. Estaba ahí, en la tienda. Primero se midió otros, no quería darle importancia. Unos le quedaban muy grandes y otros muy chicos. No quería que ese sombrero perfecto sintiera que era el único en el mundo, no lo quería hacer presumido y vanidoso antes de tiempo. Es como cuando te gusta una persona y no se lo quieres demostrar muy pronto para que el asunto no sea tan sencillo; se sabe que el placer es mutuo pero es mucho más rico el rodeo que la línea recta. Y Ramón rodeó los otros sombreros, coqueteó con ellos, como si quisiera invitarlos a bailar, uno por uno hasta que no quedó otro más que ese sombrero espléndido. Claro que si fuera una persona, seguramente se hubiera enfadado con la espera y se hubiera negado a bailar. Pero como era un sombrero, estaba dispuestísimo. Y más que colocárselo en la cabeza, para Ramón fue un acto de coronación. Se lo puso y modeló frente al espejo.

Sombrero ligeramente de lado.

Sombrero inclinado hacia enfrente, tapándole los ojos, dándole aires misteriosos.

Sombrero hacia atrás, dejando a la vista un mechón de cabello.

Sombrero sobre su pecho, sostenido por sus dos manos en señal de respeto.

Sombrero levantándose un poco como para saludar.

Ramón corriendo con sombrero.

Ramón esquivando un golpe sin perder sombrero.

Haciendo una caravana al público con sombrero en la mano.

No es fácil de explicar la relación de un hombre con su sombrero. Es un objeto que siempre va a estar ahí, muy cerca de la cabeza. Lo pone sobre una mesa y se sienta. Observa cómo lo acaricia la luz y cómo proyecta una sombra elegante.

Lo cuelga en la esquina del respaldo de una silla: posición del sombrero durante un juego de póker.

Sombrero abajo, brazo recto, mano izquierda sosteniéndolo: posición del sombrero en la iglesia, durante misa.

Sombrero sobre el corazón: posición durante una declaración amorosa.

Sombrero en la mano, de un lado a otro, abanicándose: función del sombrero durante un día caluroso.

Sombrero se lanza con la mano derecha para que vuele y caiga perfectamente en un gancho del perchero.

Siguiente compra: un perchero para poner su sombrero adorado.

Hey, qué onda, acércate un poquito, tengo algo que decirte.

Oye tú. Te hablo.

No te vayas.

Quiero hacer un trato contigo.

Ven, no te asustes.

¿Sabes quién te habla?

Soy igual a ti. Somos la misma persona.

No te asustes, no seas miedoso.

¿Te gusta la música? Pues vamos a hablar de música, qué te crees. A mí también me encanta la música. No cualquiera, claro. La que llega al fondo del cora, la que te hace llorar y sufrir y recordar a los compas. Esa que oyes en el radio y dices: ora, qué cancionzota, quisiera escucharla de nuevo y de nuevo y de nuevo. Esa música. ¿A dónde vas? No me puedes evitar.

Me puedes decir que no, me puedes decir que no te importa hacer negocios conmigo. Y me voy, así de fácil. No soy encajoso. Pero tienes que oírme primero.

Bueno, no tienes.

Yo no obligo a nadie. Yo ya dejé de obligar. Cada quien su rollo.

Pero te conviene.

De veras.

Escúchame.

Te con-vie-ne.

Es un contrato indefinido. No te puede fallar. Éxito seguro. Tenemos que hacerlo juntos. Tú solo no puedes, yo solo no puedo. Socios, partners, ¿le entras? ¿Lo quieres pensar? Pues piénsalo. Pero tampoco me gusta esperar. Ya he esperado demasiadas veces. Ya no espero. Piensa rápido; si no, ai nos vemos, adiós, ya estuvo, y perdiste la oportunidad, te aseguro que perdiste para siempre.

## Finge no mirarme

La mente en blanco, libre de pensamientos. Vaciedad. Espacio en donde nadie habita. Soledad insondable. Un sendero, quizá.

Alguien podría describirlo así: un camino largo, una línea recta, pavimentada, en el desierto. Una distancia formidable.

De repente, en la lejanía, aparece un punto melodioso. Un sonido leve que apenas se identifica como sonido. Una melodía incomprensible, acercándose. Poco después esa melodía adquiere una forma definida y alrededor de ella surgen unos versos: el poema exacto envuelto en la música exacta, no sobra una sílaba, no falta un acento.

Cornelio abre los ojos y la canción está ahí, delante de él, esperándolo. La observa durante largo rato, extasiado. Finalmente, los dedos en las cuerdas del bajo sexto le ayudan a salir:

### *Entre tus cejas*

A poco de haber nacido, la canción se siente presionada en la pequeña habitación de su creador. Sueña con espacios amplios, donde pueda correr y divertirse. Al primer descuido de Cornelio, la canción escapa de la casa a través de la ventana. Disfruta el calor de la calle, camina por primera vez entre la población fronteriza, se desliza entre automóviles y transeúntes, aborda camiones y taxis.

Cada momento es una nueva experiencia.

La canción no tarda en aprender a coquetear y a contonearse con un ritmo sensual y cautivador.

Los hombres la miran pasar como si fuera una mujer hermosa a quien impudicamente le observan el trasero.

Las mujeres la miran pasar como si fuera un hombre hermoso a quien impudicamente le observan el trasero.

Los niños saben que sólo es una canción, y sonríen.

# Primeros relampagos

Amarillo no me pongo,  
amarillo es mi color;  
he robado trenes grandes  
y máquinas de vapor.

Lupe Tijerina

CORNELIO: No sé a quién se le ocurrió primero. Eramos muy inquietos. Queríamos conquistar al mundo. Ya ves cómo es eso, güey. Uno quiere dejar su huella. Pero nunca nos imaginamos cómo nos iba a ir.

AB: ¿Cómo surgió?

CORNELIO: Pos ya ni me acuerdo, ¿cómo fue, tú?

RAMÓN: ¿Qué?

CORNELIO: ¿Cómo empezamos?

RAMÓN: Sepa.

AB: ¿A poco no se acuerdan? Seguro que hubo un día en que decidieron ser músicos.

CORNELIO: Pues no me acuerdo, güey. Andábamos haciendo locuras, cosas de jóvenes. Escribíamos poesías y ondas así.

RAMÓN: No mames güey: yo no escribía poesías.

CORNELIO: Okey, pero andábamos sin ton ni son, sin seriedad, nomás nomás, así así, ¿me entiendes?

AB: No.

CORNELIO: La música, güey. La música nos sirvió para aterrizar algunas ideas. Un día lo decidimos: vamos a ser músicos, güey, vamos aprender a tocar instrumentos.

RAMÓN: ¿Así de fácil?

CORNELIO: ¿A poco no te acuerdas?

RAMÓN: Pues no me acuerdo de tanto rollo, güey. Creo que fue menos complicado.

CORNELIO: Decidimos ser músicos, güey. ¿Sí o no?

RAMÓN: Ah, pero no de cualquier tipo.

CORNELIO: Claro que no. Teníamos que ser nortños, lo demás no nos interesaba. La música nortña era y será por siempre la mejor música del pinche universo. He dicho.

RAMÓN: Entonces yo me conseguí un acordeón y él se consiguió un bajo sexto. Pero no te imaginas, güey, lo que se sufre para conseguir un buen acordeón. Amén de que son carísimos. Estuve ahorrando para poder comprarlo. Mientras, convencí a un güey de que me rentara uno. No era muy bueno, sonaba mal, estaba desafinado. Pero así aprendimos, güey. Solitos. Aunque de vez en cuando hubo raza que nos daba una que otra leccioncilla.

AB: ¿Alguien en especial?

CORNELIO: No no no. Nadie en especial. Y ya es hora de aclarar que nunca tuvimos un solo maestro, el güey que diga que fue nuestro maestro, en Tijuana o donde sea, desde ahora lo desmentimos. Hubo raza que nos apoyó, pero hasta ahí, güey.

RAMÓN: Y así fue como anduvimos de cantina en cantina, de restaurante en restaurante, hasta que llegó el pinche Jimmy...

CORNELIO: Lo dices como si hubiera sido fácil.

RAMÓN: No fue fácil, ni rápido, güey, trabajamos mucho. Y en esa época fue cuando aquí mi compa se volvió compositor. Antes del Jimmy, claro.

AB: A ver, ¿cómo estuvo eso?

RAMÓN: De repente llegó una noche a la cantina donde estábamos tocando y me dijo: «Aquí traigo esta canción, güey, la acabo de componer». Órale. No le conocía esas dotes. De todos modos, la raza no quería escucharla. En donde tocábamos querían las viejas canciones o las que andaban de moda. Nos pedían a José Alfredo y a Cuco Sánchez.

AB: Y tú, ¿cómo recibías esas canciones nuevas de Cornelio?

RAMÓN: Pos ahí es donde estuvo lo extraño, güey. Cornelio tarareó esa primera canción (*Entre tus cejas*) y yo la seguí con el acordeón; no sé, era muy extraño, como si ya la conociera, güey, como si la hubiéramos compuesto juntos.

CORNELIO: Sí, era extraño eso. A veces yo llegaba con una canción nueva y parecía que el Ramón ya la había oído. Neta.

Y a veces me decía: «Hey, no te hagas, ésa la oíste en el radio, no es tuya». Nomás que nunca descubríamos de quién era, y Ramón empezaba a tocar el resto de la canción, como si ya la hubiera escuchado. Era muy raro, güey. Así nos pasó muchas veces.

---

Fragmento de *Truenos y relámpagos: conversaciones con Ramón y Cornelio*, de Abigael Bohórquez.

## Ellos empiezan su eterno recorrido

Durante el día, la Zona no tiene una personalidad que la distinga. Parece abandonada. Es una calle como cualquier otra en una ciudad fronteriza como cualquier otra. En la noche la Zona despierta, se pone su mejor vestido y hace lo que puede con el maquillaje para que no se le noten las arrugas.

Se emperifolla con luces y colores brillantes, olores a tacos y comida con exceso de manteca. Los borrachos llegan a la Zona y encuentran el lugar perfecto para dormir en sus banquetas. Los porteros de las cantinas sacan sus bancos para sentarse junto a las puertas y pasar la noche. Llegan las putas, radiantes y frescas, todavía con olor a talco y sin una gota de sudor. Las botellas y los vasos en los bares están limpios y perfectamente acomodados. Las pistas de baile se ponen ansiosas, como colegialas, anticipando sentir en sus caras el alegre zapateado de las parejas que están por llegar. Surge la música de grandes bocinas, instrumentos musicales y radiolas. Los recepcionistas de los hoteles revisan los cuartos y uno que otro estrena el primero con alguna recamarera querendona.

Los tijuanaenses entran tímidamente a la Zona, todavía sin un trago que les recuerde que son los reyes de la noche. Una a una las cantinas brotan de la tierra. Y los músicos norteños comienzan su eterno recorrido, ofreciendo canciones que levanten el ánimo y hagan palpar el corazón al ritmo de un paso doble, una polka o un chotis.

Los fines de semana no hay soledad en la Zona, alguien ha logrado guardarla en una bolsa de plástico, y sólo se regresa a sus dueños cuando llega el amanecer.

Ramón y Cornelio llegan muy temprano al Infierno. Están nerviosos porque es la primera vez que solicitan trabajo. Quieren dejar buena impresión.

—¿Ustedes son músicos? —pregunta el patrón.

—Los Relámpagos de Agosto, a sus órdenes. ¿Quiere escuchar una melodía?

—Para qué. Lo importante no es que a mí me guste su música —contesta el patrón—, sino que le guste a la bola de vagos que se va aparecer por aquí más al rato. El trabajo consiste en que toquen algo con mucho sentimiento, algo que a los clientes les recuerde un amor perdido, quizás a su mamacita que ya se murió. El caso es que sientan tanta pena que quieran seguir bebiendo.

Ramón y Cornelio saben que han recibido su primera lección. El maestro continúa:

—Y aprovechando que están aquí desde temprano, ¿por qué no me ayudan moviendo esas cajas de cerveza?

Los Relámpagos mueven cajas, barren el piso y bajan sillas de las mesas. La clientela empieza a llegar como a las nueve.

¿Una cancioncita?

No.

¿Le tocamos una canción?

No.

¿Un corrido, un bolero, lo que guste?

No.

¿Algo para bailar?

No.

*Las tres tumbas, La cárcel de Cananea, Nocturno a Rosario.*

No.

*Dos amigos, La puerta negra, Suave patria.*

No.

*Eslabón por eslabón, Sonora y sus ojos negros, Muerte sin fin.* No.

*Libro abierto, Los pescadores de Ensenada, Piedra de sol.*

No.

Alguna de nuestra propia inspiración.

No.

A las tres de la mañana, hora de cerrar, mueven cajas, suben las sillas a las mesas y barren. Quizá mañana tengan mejor suerte.

## De cantina en cantina pasa la noche

El infierno  
El paraíso  
El purgatorio  
El gatito miau  
La canica perdida  
El retoño militante  
El espacio del nopal  
El miasma enrojecido  
La calandria enfermiza.

## Ambiente familiar y música continua

Ramón y Cornelio caminan las mismas calles que otros duetos y conjuntos, recorren restaurantes y cantinas. Se hacen amigos de cantineros y meseros, de padrotes y prostitutas. Los primeros días de la semana suelen ser malos días, no se avistan clientes. Entonces la Zona, que por lo general es bulliciosa y festiva, se envuelve de silencio y la gente sale a las calles para tomar el aire y platicar. Los empleados de hoteles, cantinas y licorerías se sientan en las banquetas, cuentan historias que generalmente son tristes, acerca de hijos perdidos y mujeres abandonadas. Después de un largo rato de escuchar esas historias, Ramón y Cornelio encuentran la canción adecuada. Entonan una melodía nostálgica que es el perfecto fondo musical.

Meseros, cantineros, ficheras y padrotes los respetan. Incluso los otros músicos. Nunca falta alguien que los acompañe con su contrabajo, con su redova, con su saxofón. Y luego surge otro acordeón que acompaña a Los Relámpagos, y otro bajo sexto, y unas guitarras. Y nunca falta una puta con voz hermosa y nunca falta un cantinero que haga buena segunda. Y la Zona, en días tristes, se llena de música y de fiesta. Una fiesta familiar. Una fiesta donde no existen pecados ni penas.

*Flor de Capomo, Dos coronas a mi madre, Carta jugada, Triste recuerdo*, se vuelven himnos de la noche. Y a partir de ese momento todos pueden olvidar lo que es necesario olvidar, y recordar lo que es necesario tener cerca.

Ramón y Cornelio haciendo tiempo, espantando moscas, esperando clientes.

—...

—Es cuestión de pies.

—Qué.

—Las mujeres.

—¿Las mujeres?

—Me lo dijo la tía Yadira, güey.

—¿Cuándo viste a la tía Yadira?

—Hace poco.

—¿Cuándo?

—El miércoles.

—No puede ser, güey, el miércoles estuviste conmigo.

—Entonces fue el jueves.

—El jueves y el viernes también estuviste conmigo.

—¿El sábado?

—Quizá fue el martes.

—Sí, fue el martes.

—El martes en la mañana, cuando salí con mi mamá al mercado.

—Fue el martes en la mañana, güey.

—Yo no quería ir, pero mi mamá insistió.

—El martes en la mañana me dijo la tía Yadira acerca de los pies de las mujeres.

—Mi mamá por lo general es más independiente, no necesita que la acompañe al mercado.

—Por eso no tengo novia.

—No sé qué se traía.

—Es cuestión de pies.

—Cuando mi madre cambia su rutina es que algo planea, ya la conozco.

—Me refiero a los pies de las mujeres.

—Los pies de mi mamá, por ejemplo.

—Los de las mujeres en general.

—Mi mamá no tiene bonitos pies.

—Es lo que te digo.

—Qué.

—No hay mujeres con pies bonitos.

—Cómo.

—Sí, a ver: menciona una.  
—...  
—¿Ves?  
—La Fuensanta, güey.  
—¿Fuensanta?  
—La Fuensanta tiene bonitos pies.  
—¿Cuál Fuensanta?  
—La novia del otro Ramón, el que escribe poesías.  
—¿Esa Fuensanta?  
—Esa mera.  
—No tiene bonitos pies.  
—Sí que los tiene, bonitos y morenos, como me gustan.  
—¿Tú qué sabes de pies?  
—Sé lo que se tiene que saber, güey: generalmente son dos por persona, suman diez dedos con diez uñas.  
—No entiendes.  
—Ah, ahora no entiendo.  
—Si entendieras no dirías que los pies de la Fuensanta están bonitos.  
—Cómo que no.  
—Los pies de Fuensanta NO están bonitos.  
—...

## Extraño poder sobre la gente

En cada lugar sucede lo mismo. Después de que Los Relámpagos tocan durante un rato, los parroquianos empiezan a llorar porque recuerdan amores perdidos y a sus mamacitas muertas.

Los parroquianos intentan evitarlo, pero los ojos comienzan a humedecerse y la mandíbula tiembla sin remedio. Por supuesto, se enojan. Les molesta descubrir que una estúpida canción norteña puede hacer que salga a flote ese lado sensible que, como hombres, siempre tratan de ocultar. Así empiezan los pleitos. Se lanzan sillas, botellas, vasos...

Sólo después de sentirse suficientemente golpeados, los parroquianos pueden seguir bebiendo y pueden seguir hablando de mujeres y fútbol, como acostumbran.

Ramón y Cornelio descubren desde entonces que tienen un extraño poder sobre la gente.

## Cantinas, muchas cantinas

Cada vez es más difícil conseguir clientes. Un dueto norteño puede pasar la noche recorriendo cantinas y restaurantes sin que nadie tenga ánimo de pedirle una canción. Y luego las radiolas que nunca dejan de sonar. Una moneda y tienes al cantante original interpretando el éxito del momento; imposible competir con una máquina que cobra barato y nunca se cansa.

Ramón y Cornelio buscan al cliente ideal, ese que no se deja engañar por la tecnología, que necesita escuchar un bajo sexto y un acordeón, al natural, como Dios quiso que se escucharan.

Pueden buscarlo durante la noche sin encontrar una pista. Pero pueden tener buena fortuna y descubrir a varios durante una jornada.

Esta noche no es de suerte. Si no está la radiola a todo volumen en una cantina, en otra ya está un conjunto norteño tocando sus canciones.

Caminan, cansados, sin fijarse en el rumbo. Toman un atajo inesperado, dan la vuelta en una esquina y descubren una calle que nunca habían visto.

Entran a una cantina y Ramón lanza al aire unos acordes para avisar que ya llegaron.

Definitivamente no es noche de buena suerte. La cantina está llena de mariachis. Cornelio es el primero en echarse a correr.

La mala suerte se define así: correr por las calles de la Zona, seguidos por mariachis enfurecidos que detestan la música norteña.

## Pa qué me sirve la vida

¿Quién puede precisar el momento en que un sonido pasa de la vulgaridad al prodigio?

Se toca el instrumento una vez tras otra, la misma tonada, los dedos sobre botones o cuerdas, una y otra vez hasta el cansancio, hasta la aburrición, hasta que se empieza a creer que nada de eso tiene sentido y se dejaría la música por completo si no fuera porque los parroquianos piden más y más, y muchas veces están borrachos e insisten con la misma, la misma canción.

Esa que me habla de Josefina, mi viejo amor traspapelado.

Esa otra que trae memorias de Julieta, la que se fue sin dejarme su retrato.

O una canción genérica, dedicada a todas ellas, a cualquiera.

O una que se refiera a mí, que soy todos ellos, que soy cualquiera.

¿Cómo se llama la canción?

No importa.

Es la misma.

Una vez tras otra, la misma.

Esa que me trae recuerdos de Estefanía, mi mamá.

Esa otra que me reúne con mi familia, que está lejos, añorando mi regreso.

Algo bailable, por favor, que envuelva de felicidad estas ganas de comer, para que se me olvide el hambre, aunque sea unos momentos.

En manos de Ramón y Cornelio esa canción llenará por unos instantes el agujero que va creciendo en el corazón de los hombres. Y no habrá oscuridad. Y no habrá soledad. Y no habrá silencio.

## Cuestión de pies bonitos

Ramón y Cornelio haciendo tiempo, espantando moscas, esperando clientes.

—...

—A ver: define «pies bonitos».

—Pies bonitos son pies bonitos.

—O sea que no sabes.

—Claro que sé.

—Te la pongo fácil: define «pie bonito».

—...

—...

—Armonía.

—¿Armonía?

—Sí. La armonía entre planta, empeine, dedos y uñas. Armonía.

—¿Cómo en una canción?

—Ándale. Ni un callo, ni un juanete. Y, sobre todo, los dedos deben ser perfectos.

—¿Dedos perfectos?

—Empezando de pulgar a meñique, te explico: el gordito debe ser el que más sobresale, el segundo debe ser casi tan largo como el primero (dije «casi»), y de ahí en adelante deben bajar en un ángulo perfecto, sin altas ni bajas, hasta el quinto, que siempre debe ser el menor.

—Nunca me he fijado, güey.

—Y claro que los dedos no deben ser muy largos, como algunos que se salen del huarache.

—Qué grotesco. Eso nunca lo he visto.

—Y las uñas siempre deben estar encima. Algunos dedos tienen uñas que apuntan hacia un lado. Eso está mal.

—Pues no lo entiendo, güey.

—Qué.

—Eso de los pies.

—Tiene que ver con las novias.

—¿Las novias?

—Las que no he tenido, güey.

—Oh, *esas* novias.

—Me lo dijo la tía Yadira.

—¿El martes en la mañana?

—Sí. Me dijo: «Ya no sufras, Cornelio. Algún día encontrarás a esa mujer. Eres

uno de esos muchachos que busca pies perfectos. Así andarás por el mundo, de pies en pies, hasta que encuentres esa mujer. Lo sabrás cuando veas sus pies. Claro que si ella usa botas, nunca te darás cuenta. Pero hay que ser optimista, Cornelio. Algún día la encontrarás».

El señor Jimmy Vaquera sabe de música, él mismo lo explica:

—Tendría como unos cuatro años cuando descubrí que la música estaba en mis venas. Antes de eso, yo era un niño como la gran mayoría: inocuo, aburrido, sin chiste, uno de tantos en este viejo mundo. ¿La música? ¿Cómo explicarlo? No puedo decir que heredé el don de la música. Mis padres no se interesaban. Para ellos sólo servía de relleno, complementaba el silencio. No, no es genético. Soy el primero, quizás el único. No tengo hijos. No he conocido a una mujer que quiera vivir conmigo, que entienda la música como yo la entiendo. Todas ellas me parecen iguales: inocuas, aburridas, sin chiste. Yo tenía cuatro años, iba corriendo, sin rumbo, jugando a lo que sea, perdiendo el tiempo. No sé. Algo me hizo caer. Un tropiezo divino. ¿Creen ustedes en Dios, en la Divina Providencia? Hasta entonces yo nunca había sufrido un accidente. Tropecé. Mis piernas rasparon el piso de concreto y toda la piel de mis rodillas se quedó en ese piso. Fue terrible y hermoso. Brotaba sangre, no dejaba de fluir, de colorear el piso, y junto con la sangre, como navegando, la música, se escuchaba, grandiosa, toda la música que emanaba de mis venas. Por supuesto, nadie más la oía. Mis papás ni se dieron cuenta, el médico, mis profesores, mis amiguitos, nadie la escuchaba más que yo. Porque estaba adentro de mi cuerpo. Y mí me gustaba levantar la costra de mi raspadura, un poquito, para escuchar una melodía. ¿Creen ustedes que era una cosa de infancia, una fantasía? Sí, también ella lo pensaba. Ella. Me refiero a esa muchachita que en la secundaria atrapó mi corazón. Yo no sabía, yo pensé que la amaba. Y decidí un día confesarle mi secreto, la música en mis venas, la música en mi cuerpo. Y ella no me creyó, por supuesto, entonces yo me abrí las venas con una navaja para que ella escuchara y se diera cuenta que era verdad. La amaba yo tanto que ella tendría que escucharla. Pero no. No pudo. Sólo se asustó, pobrecita. Mi sangre no dejaba de correr y yo sonreía, y yo estaba feliz por la sinfonía que se había desatado de mi cuerpo. Hasta que me desmayé. Y me llevaron al hospital, y me metieron otra sangre que no era mía. En ese momento creí que era lo peor que me podía suceder. ¿Qué tal si era la sangre de alguien desentonado? ¿Qué tal si esa transfusión acababa con mi circulación melódica? Nada de eso sucedió. A la primera oportunidad me hice una rajadita, así, pequeña, y me di cuenta de que todo seguía igual, que la sangre, el corazón, las venas y las arterias seguían siendo mi propia orquesta, mi banda sonora personal. No le he vuelto a decir mi secreto a nadie. ¿Me oyen? Tú, Ramón; tú, Cornelio. Ustedes, mis favoritos. Ustedes, con quienes haré una fortuna. Ustedes, mis niños, mis preciosos niños de la calle, son los primeros desde aquella muchachita traicionera. Y es el resultado de un prodigio. Yo iba

caminando, simplemente, vagando entre estas calles inmundas. De repente sentí el aroma de la música, lo seguí hasta esta cantina, aquí, con ustedes, mis duendes hermosos.

# Fama y fortuna

Los dos estamos idos  
de la mente, andamos como  
locos, por el mundo perdidos.

Cornelio Reyna

RAMÓN: No la esperábamos, güey.

CORNELIO: Qué.

RAMÓN: La fama.

CORNELIO: Y menos así, como se dio.

RAMÓN: Nosotros seguíamos tocando y grabando, y no nos imaginábamos lo que sucedía entre la gente.

CORNELIO: Es cierto, güey. Cada vez había más fans, se notaba en las ventas, en las taquillas. Pero el ascenso no fue gradual, ¿me entiendes, güey? Fue repentino. Y yo me asusté, no lo niego.

RAMÓN: Como si fuera de la noche a la mañana, me cae.

CORNELIO: Así es. La gente se emocionaba, gritaba. Los fans nos exigían cada vez más y más. Y la verdad que no había tanto Ramón y Cornelio para todos.

RAMÓN: Éramos como esos liváis, con un montón de caballos de cada lado, jalándonos, estirándonos, para ver si aguantábamos. Y casi no pasábamos la prueba, güey, eso sí te digo.

CORNELIO: Por eso decidimos dejar las tocaditas durante una época. Era demasiado, güey. Mejor nos concentramos en la música. Así sacamos tres discos (*Amores baleados*, *Truenos y relámpagos* y *Tiempos de sequía*), puro trabajo de estudio.

RAMÓN: Los promotores se encabronaron, decían que la raza nos iba a olvidar, que era muy, muy...

CORNELIO: Voluble.

RAMÓN: Ándale. Pero a nosotros nos valió madres, me cae. Para entonces ya los promotores y los productores nos tenían sin cuidado. Aprendimos mucho de ustedes, güey, muchas gracias, con permiso, háganse a un lado. Regresaremos a los conciertos cuando nos dé la gana. Adiós.

CORNELIO: Y un buen día nos dio la gana y regresamos a las tocaditas en vivo...

RAMÓN: ¿Y tú crees que nos habían olvidado?

AB: ¿Todo igual?

RAMÓN: Todavía hubo para rato, güey. Sacamos el álbum en vivo (*Una noche de relámpagos*) y hasta hoy no ha bajado la popularidad. Los auditorios y los palenques se siguen llenando.

---

Fragmento de *Truenos y relámpagos: conversaciones con Ramón y Cornelio*, de

Abigael Bohórquez.

Jimmy's Records  
Where we uncover las estrellas  
2324 El Largo Camino Road Suite B  
Oxnard, CA, 93035  
1(800) EL NORTE

CON LA AYUDA DE DIOS,  
NUEVO DESCUBRIMIENTO DEL «JIMMY»

Tenemos el gran gusto de presentar a las más recientes estrellas de Jimmy's Records, Los Relámpagos de Agosto. Con juventud, talento y energía, nace este nuevo dueto de músicos, oriundos del puritito norte; hoy por hoy, el más emocionante descubrimiento del señor Jimmy Vaquera, director general de esta disquera.

Con el apoyo empresarial de Jimmy's Records y del propio Jimmy Vaquera, como representante plenipotenciario del dueto, Los Relámpagos de Agosto pronto comenzarán giras por importantes localidades de la República Mexicana, logrando, con seguridad, grandes éxitos en ciudades como San Luis Potosí, Chihuahua, Guadalajara, Caborca y Saltillo, sin omitir por supuesto la capital de la música nortea: Monterrey, Nuevo León.

El álbum *Con la ayuda de Dios* contiene seis temas conocidos y favoritos del público, interpretados con el estilo muy particular de Los Relámpagos de Agosto. Asimismo, se introducen seis nuevos temas que se espera encabecen pronto las listas de popularidad tanto en México como en el sur de Estados Unidos, ya que cuentan con la producción única y los arreglos excepcionales del Jimmy Vaquera.

A continuación se detallan los temas que contiene el álbum:

Lado A

1. Bala perdida (Tomás Méndez) Emmi
2. Besos de papel (Ramón Ortega) Mundo Musical
3. Albur de amor (Alfonso Esparza Otero) Pham
4. Con la tinta de mi sangre (Paulino Vargas) Grever
5. Ya supe Lupe (Lalo Guerrero) Sony

Lado B

1. Con la ayuda de Dios (Vaquera Music)
2. Cabizbajo me voy pa bajo (Vaquera Music)
3. Entre tus cejas (Vaquera Music)
4. Corrido del Gume Vidal (Vaquera Music)
5. La última canción (Vaquera Music)

Se anexa al presente una copia para uso promocional exclusivamente, prohibida su venta al público. Y recuerde, donde el Jimmy pone la mano, sólo las estrellas salen.

## Otro grupo con ese nombre

Ramón y Cornelio permanecen en silencio, apabullados por la atención de los periodistas. Foto tras foto. Sus imágenes se registran para la historia. No saben si sonreír o estar serios, si moverse o estarse quietos. ¿Qué haría un ídolo como José Alfredo en una situación similar?

—Las estrellas no se ponen nerviosas —les dijo Jimmy Vaquera antes de la rueda de prensa—. Ustedes deben ser una muestra de seguridad y dominio. Todo esto es un océano tormentoso y ustedes serán capitanes de un barco que a veces parece demasiado pequeño para las olas y los vientos. Es un espejismo; en realidad el control y la calma se encuentran en el timón. Y ustedes lo tienen en la mano.

—Felicidades por el éxito que han tenido con su nuevo disco —dice un reportero.

—Gracias.

—Varias cosas me llaman la atención de ustedes —dice otro reportero—. La primera de ellas es que no sean tan obvios con el nombre de su grupo. Están Los Huracanes del Norte, Los Tiranos del Norte, Los Traileros del Norte, Los Bravos del Norte, llamarse Los Relámpagos de Agosto me parece bastante original. ¿Cómo fue que surgió el nombre?

—Pues nos íbamos a llamar Los Relámpagos del Norte, pero ya había un grupo con ese nombre. Pensamos en rayos y truenos y centellas, pero nos gustaba más relámpago. Y como lo decidimos en agosto, pos ahí está.

## Pa mí la vida es un sueño

Una canción se desliza por el aire a través de las ondas de radio.

Se paladea en la calle; se oye salir de una cantina; se escucha en los restaurantes; se arremolina en las largas filas de los bancos; entusiasma a las muchachas de secundaria; agradece a las madres su noble esfuerzo; envalentona a los estudiantes tímidos; incursiona en las cárceles públicas; encabeza manifestaciones; desprecia a los políticos; participa en congresos; libera pensamientos; promueve abrazos; encabeza guerrillas; envalentona; atrinchera; fortifica; defiende; auxilia; limpia; salva; hace; ata; da.

La primera vez que se escuchó en la radio una canción de Los Relámpagos de Agosto se detuvo el corazón de la ciudad unos momentos.

La canción siguió su paso seguro a través de las grandes ciudades; se abrió camino entre pueblos y rancherías; se extendió a través de la vastedad del campo. La escucharon de la misma forma tanto médicos como campesinos; penetró por igual la conciencia de abogados y convictos, jueces y delincuentes. Se pegó a los pensamientos de los cínicos y denostadores. Hizo bailar a los hombres rudos; convenció a las mujeres indecisas.

El mundo dio un paso al frente.

Frases y palabras nunca dichas salieron a tomar el sol.

## Que no se apague la lumbre

Dondequiera que van, el éxito persigue a Los Relámpagos de Agosto. En su recorrido por pueblos y ciudades, el público se aglutina en los palenques, en los toreaos y en los auditorios.

Ramón y Cornelio ya lo han platicado. No podemos permitir que esto nos cambie. Recuérдалo, Ramón; recuérдалo, Cornelio. Somos un par de muchachos que les gusta la música, oriundos de Tijuana. ¿La fama? La fama es como cualquier otra cosa. ¿El éxito? El éxito llega un día y se va otro.

Algún día la gente ya no los querrá escuchar, podría fácilmente ser mañana o la semana siguiente. Hay que mantener la calma. Hay que tener los pies sobre la tierra.

Llegan a Monterrey. Sus admiradoras los esperan con pancartas y declaraciones de amor:

«Cántame en la oreja, Cornelio.»

«Contigo para siempre, Ramón.»

«No importa que sean un par, con ellos me quiero casar.»

Se reúnen en las avenidas, esperan que pase el autobús. Desean ser sus esposas o tener sus bebés. Igual sucedió en Saltillo y Torreón.

Es inevitable sentir que el corazón trabaje al doble con tantas muestras de admiración y cariño. Pero hay que mantener la calma, se dicen Ramón y Cornelio.

El autobús llega al auditorio. Euforia. Los guardaespaldas forman una valla.

Las muchachas. Gritan. Ríen. Lloran. Brincan. Las muchachas.

Quieren un trozo de Los Relámpagos, algo para llevarse a sus casas, para poner bajo la almohada y sacar en las noches de insomnio, un trocito de su ropa para oler, para llevar en la mano a todos los lugares posibles.

Ramón y Cornelio cierran los ojos.

Permanecen en el fondo del autobús, tomados de la mano, concentrados.

Unos momentos de silencio.

Abren los ojos.

Ya es hora: Los Relámpagos de Agosto están listos para empezar a tocar.

Noche, hotel en el desierto, cuarto 106, luces apagadas.

—...

—Esa es la mujer ideal, güey.

—¿Quién?

—¿Quién qué?

—¿La mujer ideal?

—No me refería a una persona.

—¿Entonces?

—Hablo en general.

—Oh.

—La mujer ideal.

—¿Cuál?

—La que ando buscando.

—¿Buscas a una...?

—Una novia, sí, una novia.

—Pues claro. Como cualquier varón.

—Pues sí.

—Yo también.

—Qué.

—Yo también busco...

—Pero a ti te sobran, güey.

—Pues sí, pero uno siempre anda buscando.

—Como cualquier varón.

—Ándale.

—Pues yo la busco y algún día la encontraré.

—Por ai debe andar, güey.

—Claro. Y debe ser una muchacha linda y sonriente.

—Y los pies, no olvides los pies.

—Por supuesto, eso está sobrentendido.

—Claro.

—Debe ser una chica inteligente, de buenos modales. Católica. Un poco conservadora, aunque no tanto.

—Te entiendo.

—Debe tener cierto aire de realeza, cierta dignidad. Como si fuera una mujer educada, intelectual.

—No sé si eso es necesario, güey.

—¿Por?

—Es excesivo.

—¿Te parece?

—Uno debe ser consecuente. Si la buscas así, tal vez nunca la encuentres. Pies perfectos y esos demás atributos, creo que es demasiado.

—...

—Parece que no la quieres encontrar.

—Claro que la quiero encontrar.

—¿Entonces?

—Pues es que así me imagino a la mujer ideal, güey.

—Bueno, hazle como yo entonces: no busques a la mujer ideal.

—Yo creí que tú también estabas buscando...

—Busco novia, no princesas.

—...

—...

—...

Ramón y Cornelio nerviosos. Se nota en la manera que sonrían, en la manera que actúan. Uno se quita y se pone el sombrero. Otro se muerde las uñas. El personal técnico pasa de izquierda a derecha, ignorándolos, quejándose de la iluminación, del sonido, de las cámaras. Ramón y Cornelio no se moverán de ese lugar. El señor Velasco dijo que deberían esperar ahí y el dueto es bueno para seguir instrucciones. Uno abraza su acordeón. El otro aprieta y jala las cuerdas de su bajo sexto. Han pasado cerca de dos horas. Escuchan la música de otros grupos, los aplausos del público. En cualquier momento, en cualquier momento, en cualquier momento, en cualquier momento...

Y entonces...

El señor Velasco viste un impecable traje blanco. Su rostro refleja perfectamente el júbilo que ensayó momentos antes frente al espejo. Lo observan millones de ojos. Su discurso es muy elocuente: música norteña, juventud, excelencia, gran futuro, mi descubrimiento: Los Relámpagos de Agosto.

Ramón y Cornelio frente a las cámaras. Silencio.

Esta primera canción... este... que vamos a interpretar... este... de nuestra propia inspiración... y espero que sea de su agrado... se llama... este... *El segundo olvido*.

Silencio.

Lentamente.

El acordeón...

El bajo sexto...

En manos de Ramón el acordeón empieza unos acordes suaves, reiterativos, circunspectos, como un arroyo que de repente se desborda y entra a una casa. El arroyo crece, inunda las habitaciones, flotan los muebles, se eleva una cama y también la pareja que duerme en esa cama. La voz de Cornelio arrulla. El bajo sexto en sus manos es un instrumento que narra historias épicas. La pareja y su cama navegan, salen de la casa sin saberlo, recorren la ciudad, el viento los lleva, la canción seduce. Y la pareja sólo tiene la certeza de estar durmiendo. Es la canción: el acordeón y el bajo sexto: Ramón y Cornelio.

Silencio.

Lentamente.

Un aplauso, dos, tres, cuatro, cinco aplausos aplausos aplausos como palomitas de maíz que brotan y golpean el interior de una olla.

Ramón y Cornelio sonrían.

Luego.

Empieza otra canción: *Golondrina que te vas*.

Y el arroyo de nuevo se desborda y la casa y los muebles y la cama y las calles mientras que la pareja sigue viajando, durmiendo, viajando, durmiendo, viajando.

## Canciones que alegran cantinas

Sucesión de éxitos: *El muchacho enamorado*

*Todo lo que hicimos juntos*

*Las nubes están arriba*

*La bugambilia y el pirul*

*Chaparrita pelo chino*

*El tercer olvido*

*Ojos de canela y miel*

*La muerte de dos nortños*

## El recuerdo inolvidable de tu ausencia

Otro amanecer en el autobús. Pasan por pueblos polvorientos, llenos de niños y de perros. La noche anterior, otro auditorio abarrotado. Ciudad A, B o C, rotundo éxito. Es parte del bisnes, del estrellato. El resultado de ver realizados sus sueños de artista. Ramón y Cornelio ya no piensan en los Cadetes de Linares o en los Alegres de Terán, sus ídolos en otro momento. Se los ha dicho Jimmy Vaquera y ellos mismos lo han visto en las listas de popularidad. Nadie se compara con Los Relámpagos.

Durante un par de horas sólo Ramón y el chofer están despiertos en el autobús. Luces de distintos colores rasgan la oscuridad en la carretera. Abraza su acordeón rojo y blanco. Piensa en el futuro, cierra los ojos. Sueña:

Corres por una playa extensa. Eres famoso, inmortal. Cornelio a un lado de ti, sonriendo. Mucha gente los mira. De pronto te sientes cansado y no puedes seguir el camino; le pides a tu amigo que descanse. «Cómo crees», contesta. Sigue corriendo. Le gritas que te espere. No hace caso. No escucha. Lo ves alejarse hasta que desaparece de tu vista. Te sientes solo, abandonado a tu suerte.

Ramón despierta sobresaltado. Acaricia las hileras de botones de su acordeón rojo y blanco. Las luces de colores continúan rasgando la oscuridad.

## Delgaditas de cintura y abultaditas de pecho

Los Relámpagos tienen básicamente tres tipos de admiradoras.

Las tradicionales, que asisten a sus conciertos para corear las canciones y arrojar sus pantaletas al escenario, que corren detrás de ellos para solicitar autógrafos o para besarlos o tratar de arrancarles algo que sirva de recuerdo. Ellas se organizan en clubes y hacen reuniones semanales donde se discuten las noticias y los rumores alrededor de la vida de sus ídolos. Se hacen llamar «Las relampaguitos» o escogen el nombre de una canción como «Club Chaparritas pelo chino», «Club Lo que hicimos juntos», o de plano, las más conservadoras: «Club de admiradoras de Ramón y Cornelio».

Existen también admiradoras arriesgadas, que buscan un contacto personal con Los Relámpagos. Los acosan de concierto en concierto, logran entrar a sus camerinos o a sus habitaciones de hotel por medio de ingeniosas artimañas. Ellas son muy respetadas por las admiradoras tradicionales, algunas, incluso, egresadas de los clubes.

Hay también un tercer tipo de admiradoras, ellas son un caso aparte. Se agrupan en dos grandes pandillas que viajan en motocicletas, una llamada «Ramón es el mejor» y la otra «Cornelio es primero». Son mujeres altas y hombrunas, fuertes y bravuconas, interesadas más en un buen pleito que en la música de sus ídolos.

Noche, hotel en el desierto, cuarto 227, luces apagadas.

—...

—...

—¿Qué pasó, por qué no hablas?

—No he decidido, güey.

—Qué.

—No he decidido si estoy ofendido.

—¿Ofendido?

—Tú comentario fue cáustico, Ramón.

—Ai sí.

—Te pasaste.

—Bueno, bueno, bueno. «Perdón, si es que te he ofendido». —Acepto tu perdón.

—Gracias.

—...

—¿Y no has pensado en otras cosas?

—Como qué.

—En sus atributos físicos.

—¿De quién?

—De tu novia.

—Nunca.

—¿Por?

—Eso no es importante, güey.

—¡Cómo chingaos no!

—Pues a mí no se me hace importante.

—¿O sea que tu novia intelectual no tiene cara ni cuerpo ni curvas ni lugares donde uno pueda poner la mano?

—Cómo crees.

—Entonces sí has pensado en eso.

—Éjele, ya sabía.

—Suelta, suelta.

—Qué.

—Describe a tu novia ideal.

—Ándale.

—Nomás no se lo digas a nadie, güey.

—Te lo juro por mi mamacita linda de pies feos. Cuenta.

—Mira, la he imaginado alta, incluso más alta que yo; blanca y espigada. Ojos cafés y pestañudos. Una cara un tanto regordeta que contraste con su cuerpo delgado. Cachetona, ¿por qué no? Nariz aguileña. Ojos grandes, saltones. Barbilla partida a la mitad.

—...

—Cómo la ves, güey.

—...

—¿Qué te parece?

—Cómo que qué me parece.

—Te pregunto.

—Pues me parece que yo no tengo hermanas.

—¿Y eso qué tiene que ver?

—Pues me describiste a mí, güey.

—No mames.

—Soy yo, Cornelio.

—Estás pendejo.

—Soy yo. Lo único que te faltó decir es que tocara el acordeón.

—Sabes qué: ahora sí te pasaste.

—Tú te pasaste primero.

—Mejor ya no quiero hablar.

—Yo tampoco.

—...

—...

## Un mundo de olvido entre los dos

Cornelio se ha vuelto pensativo, ensimismado. Desea estar apartado de los demás. Durante las giras, prefiere viajar solo en el autobús, sentarse lejos de los técnicos y tramoyistas. Adiós noches de música. Cornelio está solo en el mundo.

A Ramón le parece extraño este nuevo comportamiento de su amigo. Lo ve como a una persona que ha decidido subirse a un árbol muy alto. Ramón lo observa desde abajo, varias veces intenta subir también, pero se arrepiente a mitad del camino: sabe que el ascenso podría ser peligroso para alguien que no está acostumbrado a escalar.

Ramón habla con Cornelio.

Cornelio no escucha.

Su árbol es frondoso y arroja una gran sombra.

—Ese Cornelio tiene futuro —dice el señor Velasco, mientras sonrío mostrando su famosa hilera de dientes blancos—. Tú eres bueno para el acordeón, pero acordeonistas hay muchos. Cornelio escribe las canciones y canta. Cuando tengo que crear una estrella, nunca escojo a los segundones. Más vale que te hagas a la idea.

Un joven apunta en una libreta cada una de las frases del señor Velasco. Se siente orgulloso de su patrón. Sabe que todas esas palabras son un legado a la posteridad.

## Justo lo que andaba buscando

Dios comienza a escribir y una idea fluye detrás de otra. Aparece la canción como una fruta en un árbol, plenamente madura.

En la mayor parte de las ocasiones le resulta sencillo; pero debería confesar que a veces también es complicado. Dios se da cuenta de que su melodía más reciente es muy parecida a otra que ya desarrolló. Debe ser original. No quiere que lo juzguen como a un Dios repetitivo, con pocas ideas; no quiere juzgarse a Sí Mismo de esa manera.

Hace siglos descubrió que ser dios podía brindar muchas comodidades. Decía que las cosas se hicieran, y se hacían. No necesitaba más que pensarlo o tronar los dedos. En algunas ocasiones, las cosas se hacían sin que Él tuviera la intención de hacerlas. Por ejemplo, una vez estaba pensando en lo ingenioso que pueden ser los humanos cuando se lo proponen, y por alguna razón pensó en bancos y en dinero; de repente, sin quererlo, Dios había inventado los asaltos a mano armada.

Claro que podía deshacer lo que había hecho. Sin embargo, la curiosidad se lo impedía.

Sin querer inventé los asaltos, pensaba Dios, ahora quiero saber lo que sucederá con ellos.

Fue una etapa. Dios tiene etapas, lo sabe. Puede arrepentirse, puede cambiar de opinión. No es perfecto (aunque esta afirmación sorprendería a muchos); más bien, no se cree perfecto. Este deleite por la música le ha durado una larga temporada. Ha cambiado de ritmos; pero el agrado, en sí, persiste. Sabe que mañana podría dedicarse a otra actividad: filatelia, punto de cruz, computación, así que escribe cada canción como si fuera la última. Quizá por eso resultan tan exitosas. O tal vez es porque lo sabe todo.

A pesar de que siempre se ha quejado de su omnisciencia, saberlo todo tiene sus ventajas, y lo demuestra en sus canciones.

Si Dios se encuentra en medio de una laguna creativa, consulta el corazón de la gente. Igual a un taxista que a una profesora; a un empresario que a un albañil o a un sacerdote o a un atleta. Le pregunta a sus corazones: ¿qué te conmovió, qué te agrada, tristeza o felicidad? ¿Requieres un corrido amoroso, un bolero vigorizante o una cumbia estremecedora? Quizás una canción triste, alguna que evoque una época en que la vida era más sencilla, más agradable.

Después regresa a lo que Él llama su hogar y comienza a escribir una canción. Lo hace como cualquier otra persona: con un lápiz y un cuaderno pautado. Se rasca la cabeza, tira el primer borrador, se le dificulta una rima, borra, reescribe.

Finalmente, en voz de Cornelio, la canción recorre el aire a través de las ondas de radio. La gente la escucha y siente que recibe justo lo que andaba buscando; durante menos de tres minutos, la vida parece ausente de incertidumbre.

Difícil ser José Alfredo en este mundo de incomprensión y abandono. Por eso suele estar solo en su estudio, contemplando una hoja de papel o una botella de cerveza. No tiene teléfono, no lee los periódicos, no le interesa la política ni el fútbol.

Apunta frases en pequeños cuadros de papel, nunca una canción completa. Sólo frases.

Yo sin ella

Felices todavía

Personas más buenas

Entre tus brazos

Encuentra estas frases en diversos lugares: tiradas en la banqueta, en el asiento de un camión, en una mesa de billar. Ahí están, las recoge y apunta en pequeños cuadros de papel que después guarda en una caja bajo la cama. Luego, cuando el momento llega, extrae la caja y vuelca los papeles sobre una mesa.

Muchas horas

Mi dolor y mi tristeza

Los mismos errores

Hablaré de tu amor

Agrupas las frases, las reacomoda, las regresa a la caja. Después de varias horas, a veces, surge una canción. Y esa canción es perfecta. Una unidad indivisible que sólo requiere una guitarra o un mariachi para salir a flote, llena de vida.

A altas horas de la noche se puede ver a José Alfredo en el sexto piso del edificio donde vive, tratando de darle lógica a todas esas frases sueltas.

Toda la vida

Último brindis

Me cansé de decirte

Llorar de angustia

Un día entró una ráfaga de aire a través de la ventana y volcó su caja de apuntes. Las frases, curiosamente, cayeron en el piso formadas en versos y estrofas. José Alfredo levantó los papeles y los metió a la caja. La cerró y guardó debajo de la cama.

—Gracias —dijo—. Pero puedo hacerlo solo, ya no necesito ayuda.

## Si te maldigo qué gano

Un acordeón y un bajo sexto. Ramón y Cornelio se complementan perfectamente. Terminan la canción y el entusiasmo del público no tiene límites. Otra, otra, otra.

—La siguiente es parte de nuestro nuevo repertorio —dice Cornelio.

El público aplaude. Ramón se sorprende porque habían acordado con la disquera que no interpretarían esas canciones hasta que ya estuviera próxima la salida del disco.

—No debimos hacer eso —le dice después del concierto.

Cornelio no voltea a verlo.

—Son mis canciones y yo hago con ellas lo que quiera.

**Todo por servir se acaba**

Yo sé que al verme  
me muestras disgusto,  
y mi presencia  
te produce enfado.

Cornelio Reyna

CORNELIO: Llegó un momento en que ya no podíamos seguir. En lo personal, Los Relámpagos, como concepto, me limitaban mucho. Era una especie de burbuja que impedía que me expandiera. Claro, inventamos y experimentamos hasta donde pudimos. Pero siempre teníamos que hacerlo juntos. Era un acuerdo. No debía sacar algo sin consultar a Ramón, o al menos eso era lo que yo pensaba entonces. Y, la verdad, me empezó a calar. Yo pasaba varios días haciendo los arreglos, y Ramón, muy campante, llegaba al estudio, los escuchaba una vez y los descartaba por razones intrascendentes. Al principio me aguantaba, decía okey y buscaba la manera de cambiarlo. Después llegó el momento en que ya no soportaba la situación y tuve que abandonar a Los Relámpagos. Por mi propio bien, por mi propia libertad. Definitivamente, la idea de la separación fue mía.

\* \* \*

RAMÓN: Estábamos mal, teníamos problemas. Había momentos de caos. Nos dejamos de hablar. Pero yo, ingenuote, pensaba que se podía superar, que Los Relámpagos podrían sobrevivir a cualquier tipo de problema. Hasta sugerí lo del psicólogo, y ya ves que salió peor.

AB: ¿Qué pasó?

RAMÓN: Ya sabes, güey. Decidimos ir con nuestras respectivas parejas, a ver si se arreglaba algo. El mentado psicólogo resultó ser un hijo de la chingada que se quería coger a nuestras viejas.

AB: ¿De plano?

RAMÓN: Así fue, güey. De modo que cuando Cornelio dijo que ya no continuaríamos, fue como un golpe, yo no estaba preparado.

AB: Y Carmela Rafael, ¿no influyó su presencia...?

RAMÓN: Ya sé que dicen eso, güey. He leído en la prensa que quieren culpar a nuestras esposas de la separación; pero ¿sabes qué?, Los Relámpagos ya habían llegado a su límite y no había fuerza humana que los pudiera mantener unidos. Ni modo, güey. Se acabó. Que si afectaron o no las mujeres, pues eso se puede debatir. La única realidad es que nos separamos.

Fragmento de *Truenos y relámpagos: conversaciones con Ramón y Cornelio*, de Abigael Bohórquez.

Decide levantarse tarde. Suena el despertador y lo avienta por la ventana. Un par de horas más, ¿qué tiene de malo?

No puede volver a dormir. Alguien le llama por teléfono para recordarle que tienen programado un ensayo. Pinche ensayo.

Mientras se baña le llega la idea, por primera vez, de que Los Relámpagos existen sólo por él. En realidad ÉL hace TODO. ÉL compone TODAS las canciones. ÉL hace TODOS los arreglos. ÉL canta SIEMPRE. Se pregunta por qué no tiene el derecho de dormir un par de horas más, por qué no puede tomar las decisiones del grupo, por qué tiene que consultar TODO con su amigo, por qué no puede ser EL JEFE, por qué no gana más dinero que Ramón.

Al salir del baño le remuerde la conciencia. ¿Cómo es posible que yo piense estas cosas? Somos LOS Relámpagos, no EL Relámpago. Estoy mal. Soy parte de un EQUIPO. El hecho de ser el más talentoso no tiene por qué afectar nuestra relación de trabajo. Soy un PROFESIONAL. Quizá deba decírselo a Ramón, simplemente mencionarlo para que él conozca MIS inquietudes. No. Lo mejor es no decirlo. Va a pensar mal de mí. Va a creer que me quiero aprovechar de mi SUPERIORIDAD. ¿Acaso no merezco ser el más FAMOSO?

Ay, Cornelio, qué ideas te entran a la CABEZA.

## Cuando en silencio nos dimos un beso

Abrumado por el éxito, Cornelio suele realizar largas caminatas después de un concierto. Disfrazado con un bigote postizo y una peluca, la gente no lo reconoce en la calle; puede caminar, solitario y contemplativo. Durante uno de esos recorridos conoce a Carmela Rafael.

Ella está sentada en una banqueta, leyendo un libro de poesía japonesa del siglo xv. Viste ropa negra y botas militares. Cornelio se sienta en la acera de enfrente y finge no mirarla.

La primera en hablar es Carmela Rafael. Lee en voz alta, muy alta: «Árbol que es sombra/de mi alegría rota/crecen los bosques».

Cornelio no entiende. Ella explica, menciona algunos nombres de poetas japoneses del siglo xv.

Sintiéndose un tanto ignorante, para no quedarse atrás, él responde recitando unos versos de una de sus canciones más recientes: «Chaparrita linda/pienso regalarte/unos jaboncitos de colores para ti».

Creó que ella la identificaría, tomando en cuenta que es la canción que más se escucha en la radio últimamente.

Al parecer no era una muchacha común, ni siquiera había oído hablar de Los Relámpagos de Agosto. Si tan sólo pudiera mirarle los pies...

Cornelio se siente motivado a lanzarle un piropo. Medita un rato, pero sólo se le ocurre: —Oye, ¿tienes novio?

Carmela Rafael lo barre de pies a cabeza, desde su sombrero tejano hasta sus botas puntiagudas de vaquero. Descubre en Cornelio algo de la bestialidad humana que siempre había añorado, y de la cual sólo había leído en las novelas existencialistas. Le parece un poco extravagante que use peluca y bigote postizo. Debe ser un artista, piensa, su porte y temperamento lo denotan.

Ella cavila sobre cuál será la respuesta más apropiada para una pregunta tan directa y elemental, sólo se le ocurre: —No, no tengo novio.

El señor Velasco está siempre rodeado de hermosos donceles.

Le preparan su desayuno, lo peinan, lo bañan, se ríen de sus chistes. Cada uno de ellos recibe un pago quincenal por sus servicios.

El señor Velasco valora su existencia, le parece grandiosa. Entiende que nada de esto ha sido gratuito. La devoción del pueblo es una retribución divina a la que él debe corresponder con creces. Es por eso que ha decidido escribir su biografía y ha escogido a uno de sus donceles para ayudarlo en esta misión. Su nombre es Mónico.

El primer día, el señor Velasco intentó hablar de su infancia.

«Mi cuna fue humilde, igual a la de muchos hombres.»

Y eso fue lo más que logró dictarle a Mónico. Decidió que su infancia no era lo suficientemente interesante para ser recordada. Además, esa narración le trajo recuerdos desagradables.

Si el mejor momento de su vida era éste, consideró, no tenía por qué invocar el pasado. Desde entonces decidió que Mónico debería apuntar cada una de sus frases, desde su primer buenos días hasta su último buenas noches.

—Ésta es una labor relevante —le dijo—. Quizá la más importante de tu vida. De ahora en adelante, en tus manos estará mi legado a la posteridad.

La palabra «posteridad» se inscribió en letras doradas en el techo de los pensamientos de Mónico.

—La fama no es para todos —dijo el señor Velasco—. Hay unos que no soportan su peso, que no saben manipularla. Cuando la fama llega, tienes que ser un malabarista, tener los pies firmemente apoyados en el suelo; tienes que sujetarla del cuello y apretar.

Mónico anota cada una de esas palabras.

## Reina de Puerto Peñasco

Ramón conoce a Yéssica Guadalupe durante una gira por Sonora. Cuando Jimmy Vaquera se la presentó, ella era un par de piernas largas y calibradas. Después de unas horas, ella era también unas caderas excelsas y una cintura para poner las manos. Al final de la tarde, cuando Yéssica Guadalupe tenía ojos y labios, ella le confesó sus principales ambiciones: —Deseo ser reina de las fiestas patrias en mi natal Puerto Peñasco y después, por qué no, llegar a ser la mujer más bella de mi estado.

Ramón no duda que lo logre: rubia, ojos verdes, 1.75 m, minifalda, zapatos de tacón alto. Es una muchacha hermosa porque llena los requisitos que debe tener una muchacha hermosa. Además, lo admira. Ella le dice que lo admira y que es el más guapo de los dos Relámpagos.

Las piernas de Yéssica Guadalupe son un edificio que se yergue, sin temor a las alturas.

Los dedos de Yéssica Guadalupe recorren el bigote de Ramón.

Cosquillas. Besos. Amor.

Se casan tres meses después.

El novio le había pedido a Cornelio que fuera su padrino de bodas, pero éste no llegó a la iglesia. Tampoco fue a la fiesta.

## No puedo caer más bajo

Las tocaditas se vuelven insoportables. Los Relámpagos pueden interpretar la canción que sea, pueden equivocarse, pueden improvisar nuevos versos, agredir, menospreciar, usar lenguaje soez y el público no se da cuenta, entusiasmado por el oleaje histérico de encontrarse frente a la mejor banda nortea del universo.

Mujeres lanzan pantaletas al escenario. Hombres lanzan condones inflados como globos. Ya no hay respeto. Algunas personas que insisten en subir y tocarlos son interceptadas por musculosos guardaespaldas que las arrojan con violencia sobre la turba enardecida.

La euforia, los gritos.

Nadie escucha las canciones, ni ellos mismos.

## Sabes bien que tu vida es mi vida

Carmela y Cornelio siempre juntos. Se les ve por la calle, caminando. En el cine, disfrutan las mismas películas, tienen los mismos gustos. ¿Dónde está Carmela Rafael? Con Cornelio. ¿Dónde está Cornelio? Con Carmela. ¿Buscan a los dos? Andan juntos.

La gente habla de ellos a sus espaldas: No está bien, dice la gente. Comen juntos. Se les ve en los cafés, platicando. Piden la misma marca de cerveza. Se les ve escribiendo en libretas apuntes largos. Pareciera que escriben lo mismo. No está bien que escriban tanto. Resuelven crucigramas: Carmela, verticales; Cornelio, horizontales. Se les observa durante largas caminatas, siempre sonriendo. Pasan frente a la peluquería, frente a la reparación de calzado, frente al mercado, frente a las farmacias. Largas caminatas, ambos serios, cavilando.

Pasan muchas horas encerrados en un hotel. Ramón se acerca a la puerta de la habitación; sólo escucha silencio. Carmela Rafael en la cama, Cornelio en el piso, ambos acostados. Miran el techo, el foco, las manchas de humedad. Largo rato sin hablar.

No está bien, dice la gente. Ramón y Jimmy se preocupan.

—Ser tercero es peor que ser segundo —afirma el señor Velasco.  
Mónico lo apunta en su libreta, se pregunta si «peor» lleva acento.

## Quiero que me digas quiero

Carmela Rafael opina sobre asuntos que desconoce: instrumentos, mezclas, ecualizaciones. La atmósfera se vuelve tensa. Ramón y Cornelio han dejado de hablarse.

Carmela Rafael comenta al ingeniero: —¿No se te hace que el acordeón se oye un poco desafinado? ¿Por qué no le subes un poco al bajo sexto?

—Dile que no quiero a esa mujer aquí —dice Ramón al productor.

El ingeniero ve al productor. El productor ve a Cornelio. Cornelio está orgulloso. Ella es muy talentosa, una mujer culta que vigila cabalmente por sus intereses. Mua, mua, le avienta un par de besos.

—Dile a ese cabrón que chingue a su madre —dice Cornelio al productor.

La mujer no deja de poner atención a la consola. Son demasiadas palancas, botones y swiches. Se emociona y desespera, quisiera tocarlos, moverlos, corregir, editar.

—¿No podrías hacer que la grabación... suene... no sé cómo decírtelo... más padre?

—Graba la voz en otro canal —dice el productor.

—Buena idea —dice Carmela Rafael.

## Qué rayos me pasa a mí

Cornelio admira las canciones de José Alfredo. Tras bambalinas, antes de empezar el programa, advierte que el maestro está platicando con unos músicos.

—Mi colega José Alfredo —le dice a Carmela Rafael—. Se me hace que le voy a dar un susto.

Sonríe como si estuviera a punto de hacer una travesura. Se acerca sigiloso. Travieso, se tapa la boca para contener una carcajada.

José Alfredo está muy ocupado, refunfuñando porque unos arreglos no salieron como él quería. Regaña a un violinista (¡pendejo!). Reprende a un trompetista (¡pendejo!). Amonesta a los del guitarrón y la vihuela (¡pendejo y pendejo!). Sermonea al mariachi completo (¡bola de pendejos!).

Cornelio espera el momento adecuado, se acerca y le pica las costillas con un dedo. José Alfredo voltea enfurecido.

—¿Qué quieres? —grita—, ¿qué quieres?

Cornelio pide disculpas y se va.

## Una cartita y palabritas de amor

Querido mío:

Es hora de que hablemos seriamente. Durante varios meses he contemplado tu trabajo, creo que has llegado a un punto trascendental en tu carrera, el momento de la decisión, cuando un hombre debe dejar de ser niño y asumir su compromiso con la humanidad.

Deja los sentimentalismos. Lo esencial es tu profesión, tu talento, tu arte. No puedes cargar un estorboso y recargado equipaje. Tú has venido a este mundo para explorar y ser fiel a tu potencial artístico. No permitas que un lastre detenga tu ascenso. Tu destino es volar por encima de otro(s) que sólo vive(n), como rémora(s), de tu éxito y tu creatividad. ¿Cuánto tiempo vas a continuar con esta farsa? No necesitas escuderos que te auxiliien o que sostengan tus alas. Piensa en el ascenso y en el vuelo, sólo en el vuelo.

## Las noches sin ti agrandan mi soledad

Habr  imitadores pero ninguno como ellos. Es una lástima que las cosas no puedan continuar. Jimmy trata de reconciliarlos. Pica costillas. Palmaditas en los cachetes. Pellizcos en la barriga. Los junta. Los empuja. Juega como si estuviera boxeando con ellos. Imposible, no logra hacerlos reír.

Existe un abismo. Un abismo extenso. Extenso y profundo.

—Por lo menos una última tocada,  okey? Se lo deben a su público.

Ramón y Cornelio no voltean a verse.

Cuando tomes el barco, yo voy a tomar el tren

—¿Y qué hay de cierto en esos rumores de que Los Relámpagos se van a separar?

—No hagas caso, nada es cierto, son rumores, son rumores —canta Cornelio.

Ramón se ríe, lo festeja y le hace coro.

—Pero se habla de constantes pleitos en los estudios de grabación, de diferencias artísticas.

—Qué te pasa. Somos carnalitos —dice Ramón, sonriendo, mostrando sus dientes.

—Es lógico que surjan ese tipo de chismes en torno de un equipo creativo como el nuestro —dice Cornelio—. Pero yo te puedo asegurar que Los Relámpagos están aquí para quedarse. ¿No es así, Ramón?

—Así es, Cornelio. Para quedarse.

—Esto sin lugar a dudas es una gran noticia que hará feliz a sus fans.

—Mándales un beso de nuestra parte.

## Que venga la muerte y nos lleve a los dos

Ramón y Cornelio firman papeles. Cada uno en un extremo de una larga mesa, acompañados de sus respectivas parejas. En medio, un notario les explica que la separación será por partes iguales y de común acuerdo. De vez en cuando Ramón voltea a ver a Cornelio; pero Cornelio no levanta la vista. Yéssica Guadalupe le da un beso en la mejilla cada vez que su esposo firma.

Rúbricas al principio, en el margen y al final de los papeles.

Cornelio ya quiere terminar con ese trámite, le urge promover sus nuevas canciones. Voltea hacia Ramón; pero Ramón no levanta la vista. Carmela Rafael finge que lee un libro de Jean-Paul Sartre, sólo da vuelta a las hojas.

El notario recoge los papeles, los revisa. Un largo silencio que se interrumpe por algún sello que estampa en las hojas firmadas. Luego entrega copias de los documentos a cada una de las partes.

Yéssica Guadalupe besa a Ramón en señal de apoyo.

Carmela Rafael da vuelta a una de las páginas de su libro.

Los ex Relámpagos se levantan y se despiden del notario. Se dirigen a la salida. Ramón considera que debería darle un abrazo a Cornelio, desearle buena suerte; pero en ese momento su esposa le recuerda que apenas hay tiempo para llegar a una zapatería. Y le urge comprar zapatos.

Cornelio considera que debería darle un abrazo a Ramón, desearle buena suerte ya que la necesitará más que él; pero en ese momento Carmela Rafael se queja de un dolor de estómago y exige que vayan comer.

Las dos parejas abordan sus autos deportivos y se dirigen hacia rumbos opuestos. Ramón y Cornelio miran en sus retrovisores la mitad de un relámpago que se aleja y se aleja hasta que ya no hay nada que ver.

## Su recuerdo en mi pecho creciendo

Deciden hacer su última tocada en la azotea de los estudios de grabación.

Ramón y Cornelio interpretan sus mejores canciones. Los dedos de Ramón se deslizan sobre los botones de su acordeón rojo y blanco. El bajo sexto y la voz de Cornelio están impecables. Como al principio. El sonido se esparce por la ciudad y la gente que pasa por las banquetas quiere saber si en realidad son ellos. ¡Los Relámpagos, Los Relámpagos! Unos tratan de subir al techo, otros se asoman desde las azoteas cercanas, en otros edificios. Una multitud se junta en la calle. La policía interviene. Buscan la manera de callar a los músicos, el escándalo, el desorden. En el techo, ¡qué ocurrencia! Demasiado alboroto. Más vale que se callen, más vale que dejen de tocar. No, Los Relámpagos de Agosto terminan hasta que Los Relámpagos de Agosto deciden terminar.

Es la última tocada. La gente aplaude.

—Quiero agradecerles a nombre de la banda —dice Cornelio—. Y espero que hayamos pasado la audición.

# **Cornelio superstar**

—Pero, mi amigo, ¿por qué estás tan triste?  
—Pues cómo no, sí me sobra razón,  
porque la joven que amaba en un tiempo  
ahora es dueña de otro corazón.

Pascual Barraza

CORNELIO: ¿Cómo me ha ido? ¿Que si prefiero esta vida a la que tenía con Los Relámpagos? Qué preguntas. ¿Acaso no has oído mis discos? ¿Por qué no le preguntas a mi público? Ellos te pueden decir a cual Cornelio prefieren. Yo estoy conforme con mi trabajo y mi creatividad, los veo en un constante ascenso, sin límites. Cornelio todavía dará muchas sorpresas. La música es un espacio muy abierto, lleno de infinitas posibilidades. Si tú crees que ya no se puede hacer nada nuevo, pues yo te digo que no has escuchado mi último disco, y después de ése todavía habrá otros. Qué te crees: todavía hay Cornelio para rato.

AB: ¿Qué noticias has recibido de Ramón?

CORNELIO: Eso es algo que nunca me ha quedado claro: la obsesión que tienen ustedes, los periodistas, por Los Relámpagos de Agosto. Antes era Ramón y Cornelio para todo. Ahora ese «y» no tiene por qué figurar en nuestras vidas. Yo he seguido mi carrera, y Ramón ha decidido dejar la música. Yo no lo critico, es su problema. Cada quien debe hacer lo que está predestinado a hacer. La fama no puede ser para todos. Hay unos que no soportan su peso.

AB: ¿Y tú?

CORNELIO: ¿Yo? No es por nada; pero a mí, en lo particular, la fama me queda, ¿no crees? (*Se ríe.*)

---

Fragmento de *Truenos y relámpagos: conversaciones con Ramón y Cornelio*, de Abigael Bohórquez.

## Si al cabo el amor se acaba

Después de la separación de Los Relámpagos, Ramón decide tomar unas vacaciones en uno de sus ranchos. Por la mañana, alimenta gallinas y ordeña vacas. Posteriormente supervisa el trabajo de los peones. Recorre a caballo la extensión de su propiedad, acompañado de su fiel acordeón rojo y blanco. Atiende al ganado. Extiende órdenes. Amonesta a los vaqueros holgazanes. Descansa bajo un árbol. Contempla el cielo.

En ese momento por lo general saca algunas melodías de su acordeón. Llega la tarde. Procura no pensar en el pasado.

El pasado.

El pasado debe quedarse atrás, ese es su lugar.

Yéssica Guadalupe es la primera en quejarse de esa existencia sin complicaciones. Su vida ha cambiado de la noche a la mañana. Las fiestas, la acción, la farándula, todo lo que le gustaba se ha quedado en la ciudad. Como Ramón había propuesto unas simples vacaciones, ella trató de adaptarse, considerando que sólo sería durante una breve temporada. Coordinaba la limpieza de la casa y administraba la cocina.

Pasaron meses.

Decidió hablar muy seriamente con su esposo:

1. Ramoncito, el dinero no es eterno.
2. Algo anda mal contigo.
3. Pasas demasiado tiempo en la nada.
4. Parece que quieres a ese acordeón más que a tu propia esposa.
5. Juro que una vez me pareció verte que lo abrazabas.
6. Eso está mal.
7. Si yo fuera otra, pensaría que tienes una obsesión extraña con ese instrumento.
8. Una cosa es que estés deprimido y otra que hagas cochinitas con objetos inanimados.
9. Despierta. Resucita. Haz algo.
10. Piensa en nuestro futuro, Ramón.

## Amigos, casi compadres

Cornelio y José Alfredo se han vuelto amigos inseparables. Se la pasan de cantina en cantina, de fiesta en fiesta. Regresan tarde a sus casas. Sus esposas los regañan.

Carmela Rafael se molesta. Le dice a Cornelio: —Yo pensé que me querías.

Cornelio le explica: —Sí te quiero, Chinita, pero mis amigos son mis amigos. Espero que lo entiendas.

Carmela hace lo mejor por entenderlo. Incluso invitó a José Alfredo a su casa; poco tiempo después se arrepintió. José Alfredo iba todos los días. Ahí comía. Ahí se emborrachaba, y a veces ahí se quedaba a dormir.

Prefirió decirle a Cornelio: —Se me hace que tú y tu amigote se me van a la calle.

En el rincón de una cantina, José Alfredo le dice a Cornelio: —Ojo con el éxito y la fama, se te puede subir.

Cornelio no vislumbra un momento en que suceda. No obstante, le agradece al maestro su recomendación.

—¡Salud! —dice Cornelio.

—¡Salud! —dice José Alfredo.

Tarros refrescantes hacen clink.

## Preferible estar seis pies abajo

Llegan hombres jóvenes, muy elegantes, para ofrecerle contratos a Ramón.

Le dicen: —Si Cornelio tiene éxito como solista, tú también puedes.

Ramón nota que cada uno de ellos tiene las uñas arregladas, las corbatas iguales, perfectamente anudadas, y un diente de oro que brilla como si tuviera luz propia.

Ramón recoge el acordeón y monta su caballo.

Les grita: —Ustedes qué saben de música. Olvídenlo.

Después, tras un relincho: —Y por qué me tutean, babosos. ¿No saben quién soy?

Y mientras se aleja, dándoles la espalda: —Váyanse de aquí. Tengo que atender mi rancho. No tengo tiempo para pendejadas.

—Ramón es un fracaso. Me acaban de decir que lo vieron hace poco en el supermercado, escogiendo tomates, en medio de señoras que no lo reconocían. No cabe duda de que ya pasó al olvido. Es un jas bin, un nóbary. Ni modo, es el destino de los segundones.

Cornelio sólo escucha. No tiene nada que opinar.

Mónico escribe sin detenerse un momento. «Jas bin», «nóbary», le gustan esas palabras. Su patrón es un hombre de mundo.

## Canciones para que regresen las ingratas

Sucesión de éxitos: *Los pies de mi chata*

*Las esposas son así*

*Te regalo este jaboncito*

*Bala, detén su camino*

*Aquel amigo que fuiste(s)*

*Nuestros años felices*

*Obla di, obla da*

*Me subí a la nube*

Pues cómo no si me sobra razón

Un atardecer en la pradera.

Sentado y recargado en un frondoso encino, escuchando el canto de los pájaros, el himno de la naturaleza, Ramón le saca unas melodías a su acordeón. Una de esas viejas canciones de Los Relámpagos: *Chaparrita pelo chino*.

Sonríe.

A veces solloza.

Parece que sólo le queda la música. Su acordeón y su música.

Abraza fuertemente a ese instrumento rojo y blanco, cada día con mayor fuerza.

Algunas veces lo levanta en sus manos y observa el reflejo de los últimos rayos solares en su armadura. Contempla ese fulgor. Acaricia la textura del acordeón. Tanto tiempo juntos, caray, y no se había dado cuenta de esa suavidad única, como una camisa recién planchada.

Nadie lo entiende en estos días. Su esposa quiere dejarlo. Los trabajadores del rancho lo abandonan. Cornelio, ni siquiera una carta. Definitivamente, nadie lo entiende.

Excepto.

Quizá.

Su acordeón.

—Yo no sé por qué decimos *el* acordeón. Es paradójico porque cualquiera que la mirara con detenimiento aseguraría que es *una* acordeón.

Ramón juguetea con ella. Se vuelca en la tierra con ella. La acerca a su cara, le habla bajito.

—Qué bonito brillas.

Corren juntos. Se cae, dan vueltas. Se ríe. La acerca nuevamente a su cara.

—Sólo tú me comprendes.

Lentamente, Ramón le sacude el polvo y la prepara para regresar a su casa.

—Eres linda, eres pelirroja, tienes bonito cuerpo. Me parece que ya es hora de bautizarte. Ahora te vas a llamar Marilú... ¿Te gusta ese nombre?

—Ya lo sabía.

¡Corte!

Se detiene la escena. Los actores y el personal técnico están molestos. El director intenta explicar otra vez:

—Ya sé que no eres actor, ya sé que te cuesta trabajo. Concéntrate. No es difícil. Se trata de una escena dramática. Un incendio en la vecindad. Llegas. ¿Dónde está tu hijo, dónde está tu querido Becerrito? Entras a tu casa en llamas, lo buscas. Los vecinos suspiran, los vecinos lloran. El momento más dramático de la película es cuando sales con la cara manchada de ceniza. No puedes decir simplemente «mi hijo, mi hijo» como si fuera algo intrascendental. Tienes que hacer un esfuerzo, meterle filin. ¿Has oído hablar de Stanislavski? No importa. Busca dentro de ti, Cornelio. Recuerda algo triste, ¿nunca has tenido una vivencia impactante? Invoca ese recuerdo. Métele ganas.

## Aquella vivencia impactante

Cornelio no sabe cómo definir lo que siente. Llegó a la casa de Ramón y entró sin tocar la puerta. Estaba vacía la sala, la cocina y el baño. Subió a la recámara.

La puerta entreabierta. Pudo ver a su amigo sobre la cama. Lo acompañaba Ramona, una muchacha de la escuela. Se besaban constantemente, con prisa, mordiéndose. La ropa en el piso, el uniforme de ella hecho bolas y arrugado junto a la cama.

Esa Ramona le había dicho a Cornelio, una vez, que le gustaba mucho, que si podía darle un beso. Él no supo qué responder y lo consultó con su mejor amigo.

—Pinche vieja fea —dijo Ramón.

Cornelio no sabe cómo definir lo que siente. Como coraje. Como despecho. Sale corriendo, saca su colección de cuarenta y dos canicas. Una por una, las lanza a un lugar lejano.

## Cuatro muertes hay en la vida

José Alfredo sabe que a Cornelio no le gustan las altas velocidades; pero no puede resistirlo. En cuanto siente las manos en el volante de su auto deportivo, su pie reacciona en el acelerador.

Mira la cara de su amigo, toda contraída por el terror.

En algunas ocasiones José Alfredo quisiera ser como los personajes de las historias de O. Henry, esos que dan todo por la pareja o por el amigo, incluso lo que más atesoran.

Cornelio no se atreve a criticarlo. En un principio, casi sale de sus labios un comentario acerca de la brusquedad con que maneja José Alfredo, casi le dice: «Ya ni la chingas, bájale, bájale». Pero conforme madura su amistad, Cornelio comprende que José Alfredo es un genio que muchas veces parece un niño, sediento de nuevas aventuras. Es una parte fundamental de la personalidad de su amigo. Criticarlo es atentar contra su esencia. El lado adulto de José Alfredo entendería la crítica y actuaría responsablemente; el lado niño se arrugaría como una hoja de papel desechada en un cesto.

Así que Cornelio guarda silencio, incluso cuando mira venir una curva muy pronunciada en la carretera y el auto sigue su paso firme a ciento ochenta kilómetros por hora.

De pronto el pequeño auto deportivo hace su mejor esfuerzo para librar la curva.

De pronto el auto ya no está en la carretera sino dando volteretas barranco abajo.

De pronto Cornelio sale volando y azota junto a una roca.

El auto y su chofer continúan un descenso que parece interminable.

Cornelio, extrañamente ileso, baja la barranca, arriesgando su vida, intentando rescatar a su amigo. El auto hecho trizas descansa en paz. No muy lejos, José Alfredo tirado sobre unas ramas, un hilo de sangre saliendo de una de sus orejas y de su boca.

Cornelio abraza a José Alfredo. Alcanza a escuchar sus últimas palabras: —Yo también hablaba con Él.

## Un solo corazón y una sola mujer

Durante el rodaje de su película más reciente, la primera actriz Sylvia Selene intenta seducir a Cornelio.

Cornelio interpreta al indio cantor Tonatiuh; Sylvia personifica a Candelaria, la bella y rica (pero melancólica) hija de un poderoso hacendado.

En un momento importante de la historia, Tonatiuh salva a Candelaria de una suerte peor que la muerte. La hermosa mujer, agradecida, le propina un beso al indio, ocasionando que éste se enamore de ella, la rapte e intente convencerla de su amor. Esto sólo para llegar a un final trágico que hará llorar a la mayor parte del público cinéfilo.

La escena requería un beso tierno. Sin embargo, la Selene se aprovechó del momento y le plantó a Cornelio un tremendo beso en donde se involucraron labios, lengua y dientes, y que llegó a durar, según cronómetros, seis minutos con treinta y cuatro segundos.

Al final del beso, y ya para cuando el director había dicho «corte» unas veinticinco veces, la voz grave de la Selene retumbó a lo largo y ancho del estudio:

—Quiero que seas mío, Cornelio.

Para el cantante, estas palabras fueron un gran halago, pero ¿qué se hace después de que te lanza un piropo la mujer más piropeada del país?

Hizo una pausa dramática. Bajó la mirada y con voz susurrante contestó: —Usted dispensará; pero mi corazón es de mi eterna esposa, la sin par Carmela Rafael.

Sylvia Selene arquea una de sus cejas con ese donaire que la caracteriza; se da la media vuelta y abandona el set, dando un portazo.

—Entiendo que sólo escribas éxitos —dice el Jimmy—, pero un disco no puede estar compuesto sólo por éxitos. A lo mucho, un buen disco debería contener sólo dos o tres. Debe estar variadito. Debe contener canciones que se bailen, canciones románticas, uno que otro corrido. Quien lo escucha no espera que todas las canciones sean buenas. Algunas pasarán desapercibidas, otras serán olvidadas. Si no, los locutores no sabrían qué poner, les daría lo mismo la canción tres, cuatro o siete. Lo mismo pasaría con el público. En las cantinas, a los borrachos les daría lo mismo la canción que habla de amor o de traición. Quizá preferirían otro disco, uno que se pudiera escuchar sin tantas complicaciones. Con «éxitos» me refiero, por supuesto, a las favoritas del pueblo, no a los discos de Grandes Éxitos, que son totalmente otro concepto.

A Dios le molestan los productores metiches. Un productor debería producir y nada más. Recuerda con añoranza aquella época en que no existían, cuando escribir una canción sólo era escribir una canción, un placer, un deleite impostergable. Nadie se preocupaba por los discos, por la producción, por la mercadotecnia.

—Maldito Edison, sabía que ese aparato no iba a servir para nada. Debí detenerlo a tiempo. Yo recuerdo cuando Mozart... —y empieza Dios a divagar.

Molesto por ese tipo de discusiones que ponen en tela de juicio su sentido común y creatividad, Dios se levanta repentinamente, se acomoda el sombrero tejano y abandona la casa de Cornelio.

Varios días después, en sueños, le llega a Cornelio la respuesta:

—Tú dile a ese productor que Cornelio sólo escribe éxitos; si quiere otra cosa, que se vaya a chingar a su madre.

El descomunal aplauso. Cornelio pone las manos sobre su pecho, luego abre los brazos, dobla la cintura. Cornelio hace una prolongada reverencia a su público.

Besos a la multitud.

No es lo mismo estar parado solo frente al público. Definitivamente es distinto.

Antes, los aplausos eran compartidos, mitad para él, mitad para Ramón. Ahora todo es suyo. Todo el entusiasmo del público cautivo; todas las ganas de tocarlo, de acostarse con él, de querer ser como él.

Es algo inesperado.

Piensa en su amigo. Lo ve como en una fotografía Polaroid, de esas que se empiezan a borrar con el tiempo; lo recuerda como a una antigua esposa, alguien con quien tuvo buenos momentos que ahora han quedado en el pasado.

Me gustaría que estuviera él aquí. Creo que estaría orgulloso de mis logros.

## Si te hablan de mí

En un mundo perfecto, Ramón podría compartir su vida con Yéssica y Marilú, ambas esposas, ambas amantes. Pero el mundo no es perfecto: Yéssica ha cerrado las puertas del rancho y cambiado las chapas. Se quiere quedar con todo.

## Desde el fondo del corazón

Cornelio y José Alfredo en el rincón de una cantina.

—Lo importante son tus canciones. Lo demás vale verga.

—La imagen también es importante —opina Cornelio.

—Concéntrate en la música.

—Uno debe verse estupendo frente a las cámaras —opina Cornelio.

—Si no te falla el mariachi, ya la hiciste. Si cantas desde el fondo del cora, qué importa si traes los pantalones rotos. El público te quiere escuchar; mirarte es lo de menos.

—El señor Velasco me ha dicho que cuide mi apariencia, que piense en el teleauditorio, que no olvide que Latinoamérica me está mirando —opina Cornelio.

—Velasco es un pendejo, muchacho. Te lo digo yo que conozco a muchos como él.

José Alfredo ya está viejo, piensa Cornelio.

## Háganse a un lado, háganse a un lado

1. Carmela y Cornelio codeándose con artistas y escritores.
2. Se reúnen en clubes privados, en restaurantes donde la comida es muy costosa.
3. Frecuentan fiestas donde se fuma marihuana y se aspira cocaína.
4. Los artistas planean retratos y esculturas de Carmela Rafael y Cornelio. Cineastas platican sobre planes de nuevas películas. Quizás hagamos algo juntos, ¿te parece?
5. Entabla conversaciones con escritores distinguidos.
6. Funcionarios culturales lo llaman «maestro».
7. Carmela y Cornelio opinan que el presidente lleva por buen rumbo al país.
8. Sugieren estrategias ofensivas para la selección nacional de fútbol.
9. Crónicas acerca de sus vidas se publican en los diarios de mayor circulación.
10. Aparecen como modelos de fotografías artísticas, caminando, sentados, uno junto al otro, uno encima del otro, uno debajo del otro.

## Soledad y canciones

Hace frío en la cumbre.

Mi público parece muy pequeño desde aquí.

Quisiera alcanzarlos.

Decirles que todavía estoy con ellos, que están en mi corazón. Mucha soledad acá arriba.

Sé que algún día tendré que bajar.

O no.

Tal vez aquí permanezca durante el resto de la eternidad. Como Infante, como Solís, como Negrete.

Ellos murieron solos e incomprensidos.

También estuvieron aquí, ocupando un lugar en la cumbre. Ahora sólo poseo mi soledad y mis canciones.

Nada más puedo ofrecerle al mundo.

## Cuatro muertes hay en la vida

Recientemente, la amistad es algo que preocupa a Cornelio. Quisiera definirla no sólo como la relación entre dos personas que se aprecian sino como algo profundo, intenso. Le preocupa que se sienta más cómodo con José Alfredo que con su propia esposa.

Carmela Rafael ha dejado de interesarse en lo que apasiona a Cornelio. Para ella, la música no es más que una forma de subsistencia, como pudieran ser los números y los cálculos para un contador público. Imposible imaginar a Cornelio y Carmela Rafael hablando por teléfono como cuando eran novios. Ahora sus intercambios telefónicos son informativos y breves.

Cornelio reconoce que este aparente desinterés reside en ambos lados de la relación. De la misma manera, él no hace por alargar los diálogos con su esposa, no hace por contarle sus días, sus actividades. En cambio, José Alfredo lo escucha como nadie. Se divierten juntos y sus conversaciones no parecen tener fin.

Sus pensamientos vagan mientras observa a su amigo jugando golf. Cornelio está convencido de que no hay un deporte más desapasionado. No se puede imaginar a un público gritando de emoción cuando un golfista mete la pelotita en el agujerito. Pero siente que está cumpliendo una responsabilidad muy grande acompañando a su amigo, incluso intentando aprender el juego.

Cornelio se acomoda frente a la pelotita y la golpea con el palo. Ésta sólo logra moverse unos cuantos metros.

—No me voy a rendir contigo —dice José Alfredo, mientras Cornelio mira hacia el cielo y nota que se avecina una tormenta—. Es cuestión de tu *swing*, la manera en que te paras y sostienes el palo. Fíjate cómo lo hago.

José Alfredo se coloca delante de la pelotita, abre las piernas, asume la postura del golfista. Mira en el campo la lejana banderilla que indica la posición del objetivo. Se concentra. Cuerpo, pelota, distancia, viento, agujero. Brazos levantan el palo metálico.

Cornelio escucha un trueno en el cielo y observa un rayo golpear la punta del palo, electrocutando en ese momento a José Alfredo, que cae fulminado sobre el césped. Se acerca a ayudarlo pero es demasiado tarde. Sólo alcanza a escuchar sus últimas palabras: —Yo también hablaba con Él.

## **Si tarda mucho mi ausencia**

Por eso yo quiero cambiar de sombrero,  
irme de vaquero, buscar otro amor;  
quiero una morena, pero que me quiera  
y que sea vaquera, igualita que yo.

Oscar Martínez

RAMÓN: Para mí, regresar a la música después de los desmadres de mi vida, fue como renacer. Antes vivía de los recuerdos, ahora vivo de la realidad y del amor. Me siento joven de nuevo. Los malos tiempos ya pasaron. Y reconozco que se lo debo a mis fans. Aquellos que seguían escuchando mi música cuando yo andaba perdido, y éstos que todavía siguen conmigo, que todavía confían en el viejo Ramón y en sus Bravos de Agosto. Que Dios los bendiga, mi corazón está con ellos. Como siempre.

AB: Y lo que el mundo se pregunta, ¿habrá un reencuentro de Los Relámpagos?, ¿lo veremos algún día? Tengo la impresión de que este libro de entrevistas no podrá terminarse hasta que Los Relámpagos de Agosto pisen de nuevo un escenario. ¿Puedo tener esperanzas o mejor ya mando el libro a la imprenta?

RAMÓN (*sonriendo*): La verdad, yo no descarto la posibilidad. Y he estado en contacto con Cornelio, y él tampoco la descarta. Las rencillas de Los Relámpagos ya terminaron. Somos gente madura. El tiempo ha servido de mucho. Hace poco hablé con él acerca de reunimos y no le pareció mala idea. Juguetemos con la posibilidad, mencionamos fechas pero nada seguro. Y ahí la dejamos, preferimos no presionarnos. Yo creo que si sucede, esto se va a dar de una manera muy natural. Ni modo, los fans tendrán que esperar. Yo sólo puedo decirles que pase el tiempo que pase, cuando llegue ese reencuentro, será lo mejor que han escuchado. Ramón y Cornelio brillarán como nunca.

---

Fragmento de *Truenos y relámpagos: conversaciones con Ramón y Cornelio*, de Abigael Bohórquez.

—El arreglo es muy sencillo —afirma un abogado—. La señora Yéssica Guadalupe quiere su dinero, sus regalías, sus ranchos, sus carros, sus juguetitos de computadora, sus botas de cocodrilo, su colección de hebillas y sombreros, su suscripción al *Reader's Digest*, los aparatos electrónicos y su colección completa de discos y bonsais.

—Se puede quedar con su acordeón —aclarar otro abogado—, porque a la señora Yéssica Guadalupe le repugna ver ese aparato en la casa. Podemos negociar la ropa que trae puesta, pero no la que está guardada en los roperos.

—Firme aquí donde está marcado con una equis —concluye un tercer abogado.

La verdad nunca se supo,  
nadie los fue a reclamar

Un hombre se acerca a Cornelio. Es muy claro con él: —Debes escribir una canción. Si decides no escribir esa canción, te mueres. Vas a recibir mucho dinero por esa canción. Si no aceptas el dinero, te mueres. Esa canción debe contener las siguientes palabras:

Amigo, gallo, valiente, AK-47,  
perico, Tijuana, pacas de a kilo, cherokee del año  
chivo, amapola, mujeres, jefe de jefes.

Si excluyes una de estas palabras, te mueres. La canción es para festejar el cumpleaños de mi patrón. Es posible que recibas una invitación para tocar en su fiesta. Si rechazas la invitación, te mueres.

Cornelio, sinceramente consternado, le da la lista de palabras a Dios para que escriba la canción lo más pronto posible. Dios lo medita durante un par de días.

—Sabes qué, yo no escribo chingaderas —responde—. Aquí sólo hay un Jefe de Jefes.

—Pero si regresa...

—Tú deja en mis manos ese asunto —dice Dios—. No te preocupes, hay asuntos que yo puedo solucionar. A mi manera.

## Y la culpa la tiene este vicio

Ramón platica con una botella de tequila (y la botella responde):

No estoy contento con mi vida.

(¿Por qué?)

Siento que podría estar haciendo ondas mejores.

(¿Como cuáles?)

Creo que tengo el potencial.

(¿De qué?)

No estoy seguro.

(¿Entonces?)

Me gustaría que fuera como antes.

(¿Antes de qué?)

Antes, antes.

(Ah.)

Mi esposa no me quiere.

(¿Qué esperabas?)

Marilú no me quiere.

(¿Marilú?)

Mi acordeón, Marilú mi acordeón.

(Déjate de pendejadas, los acordeones son objetos incapaces de querer o de hablar.)

La vida no vale nada, ¿sabes?

(Uy, qué original.)

La música no me sale.

(Qué raro.)

Siempre fui un segundón.

(Sin comentarios.)

Soy un fracaso.

(De eso no me cabe la *menor* duda.)

## En el fondo de mi alma hay un suspiro

En su camerino, el señor Velasco se prepara para el programa. Las cámaras y el colosal público latinoamericano lo esperan. Ensaya una sonrisa frente al espejo. Perfecta. Revisa su perfil, sus mejores ángulos. Perfectos.

Uno de sus donceles le da un masaje alrededor del cuello. Otro lo maquilla. Uno más le arregla las uñas.

—Mira lo que puedo hacer con un soplo. Las estrellas aparecen o desaparecen. Tomo un pedazo de carbón, lo presiono, abro la mano y qué tengo: un diamante. Lo que hubiera tomado siglos, quizá milenios, yo lo hago con un suspiro.

Mónico sabe que es mucho más que un simple escriba, el preferido de su amo. Por eso, en algunas circunstancias, le brinda una pequeña ayuda. No quiere que la posteridad malinterprete esas palabras. Escribe:

«Mira, tomo un pedazo de estrella, le soplo y es un carbón que suspira.»

## Dicen que yo no valgo la pena

Ramón en una esquina, abrazado de un poste, se cae, se cae.

El mundo da vueltas y vueltas y vueltas.

Suelta la botella de tequila. Se estrella, se rompe, se hace pedazos.

Ramón en el suelo.

No se puede levantar.

Se apoya, intenta pararse, se cae de nuevo.

Algunos ríen. La gente que pasa se ríe del borracho.

Qué les importa.

Déjenlo en paz.

Busca la botella y sólo encuentra los vidrios. Se corta la mano. Sangre.

—Con estos dedos yo tocaba un acordeón rojo y blanco. ¿Sabes cómo se llamaba? Marilú. Mi pelirroja, mi compañera, mi amante fiel. Ella tampoco me quiere. Mis dedos ya no le sacan sonidos a su cuerpo.

Ramón se incorpora. Alguien le habla. ¿Qué le dice?

Alguien le habla: una muchacha.

Se cae de nuevo.

Duro golpe en la cabeza.

Oscuridad.

Querido Cornelio:

Yo sé bien que estoy afuera y que no he tenido contacto contigo desde hace varios años. Ha tenido que pasar el tiempo para darme cuenta del enorme error que fue separarme de ti. Ahora que veo tu nombre en los periódicos y me entero de tus exitosas presentaciones en las ciudades más importantes del país, me doy cuenta de que todavía ocupas un lugar importante en mi corazón, y que me gustaría ocupar nuevamente un lugar en el tuyo. No quiero que pienses que soy un hombre que busca beneficiarse de la fama de su hijo (y las riquezas que seguramente la acompañan); por eso te solicito que me recibas para una simple charla, una leve conversación en donde te explique los motivos de mi larga ausencia.

Sin más por el momento, se despide con un abrazo y la esperanza de volverte a ver.

Tu papá

\* \* \*

Estimado señor:

He consultado su petición con mi señora madre y con mis abogados. La primera me dice que usted se murió en un accidente automovilístico; los segundos, que no tengo ninguna responsabilidad legal para con usted.

Atentamente,

Cornelio

Mi queridísimo hijo:

No sabes el gusto que me dio recibir noticias tuyas, aunque sea en unos cuantos renglones. Noto un tono frío en tu respuesta; no importa, lo esperaba. Refrendo mi solicitud de verte, quizá llevarte a ver un partido de béisbol; no sé, lo que un padre debe hacer con su hijo. Si tan sólo pudiéramos vernos... Mis vecinos dicen que somos idénticos (claro que yo con el pelo encanecido). Te invitaría a esta tu casa, pero vivo en el barrio más humilde y una persona de tu altura no debería verse mezclada entre gente de tan baja ralea.

Un abrazo optimista,

Tu papá

\* \* \*

Señor:

La verdad, no sé por qué me escribe. Ya le dije que mi madre dice que usted está muerto. Al volverle a preguntar, incluso, me dijo que usted había fallecido durante un terrible incendio que acabó con la mitad de la vecindad. Pensé que le quedaría claro con mi respuesta; ahora comprendo que no. Entonces, aquí lo tiene: NO LO QUIERO VER.

Espero que eso haya sido suficientemente claro.

Cornelio

\* \* \*

## Quiero llevarlo a mi casa

—¿No es usted Ramón, Ramón de Los Relámpagos?

Susana tiene dieciocho años.

Le pide a un amigo que la ayude a levantarlo.

—Quiero llevarlo a mi casa.

—Estás loca. Míralo, es un borracho, no se ha bañado, huele a guácara. ¿Qué va decir tu mamá?

Susanita tiene dieciocho años, carita redonda, ropa ajustada. Cabello rubio que a veces es rojo y a veces es naranja. Y un tatuaje, sólo un tatuaje, que no se ve con la ropa puesta.

—Me lo quiero llevar a mi casa. ¿Me ayudas o no?

## Cuatro muertes hay en la vida

Desde hace pocos meses, José Alfredo asiste a los conciertos de Cornelio. La primera vez fue una sorpresa, incluso le agradeció públicamente. «Esta noche contamos con la presencia de un gran ídolo, un gran maestro...» Sólo lo hizo en esa ocasión. Notó el desagrado de su amigo cuando se paró entre el público para saludar a quienes lo ovacionaban. Luego la gente se arremolinó a su alrededor durante el concierto; desagradable tanto para José Alfredo, porque no le permitieron disfrutar la música, como para Cornelio, que sufrió continuas distracciones.

Se ha presentado en los últimos ocho conciertos de Cornelio. Ahora se saludan de cierta forma que nadie distingue aparte de ellos: un movimiento de manos, una mueca, un guiño, un pañuelo que de repente sacan al mismo tiempo para limpiarse el sudor.

Su presencia le llena de satisfacción, aunque no le queda claro cuál es la razón del maestro. Al principio pensó que era una cortesía, una amabilidad de José Alfredo, una de tantas. Después creyó que asistía a los conciertos con ojo crítico para después hacerle comentarios acerca de los arreglos, de la banda o del espectáculo en general.

Lo veía cada noche muy serio, escuchándolo y contagiándose del entusiasmo del público cuando terminaba una canción. Al final, irremediablemente coreaba «otra, otra, otra», y Cornelio lo complacía, interpretando alguno de sus éxitos y dedicándoselo «dondequiera que se encuentre».

Recientemente a Cornelio le embarga una tristeza. Ha llegado a la conclusión de que José Alfredo asiste a sus conciertos porque se siente solo. ¿Será posible que una estrella conozca lo que es la soledad? Rodeado constantemente de admiradoras, representantes, productores, maquillistas, tramoyistas, asistentes, secretarias, ¿será posible sentirse solo?

Cornelio se conforma con pensar que José Alfredo está mejor entre la muchedumbre y que ambos reciben algo bueno con la presencia del otro.

Nadie nota a la asesina solitaria acercándose con una pistola Beretta, calibre .38, y un ejemplar de la novela *The Catcher in the Rye* en su bolso de piel marrón. Cornelio es su ídolo, lo admira, lo ama, tiene todos sus discos, pero lo tiene que matar.

Una bala zumba en el aire.

José Alfredo no tiene ganas de morir, sólo que se acerca a Cornelio en el momento equivocado. Dos pasos a la izquierda y hubiera sido otro el desenlace; dos pasos a la derecha y la bala penetra en uno de sus pulmones.

La bala destruye tejidos importantes y la ambulancia tarda en llegar.

En medio de la conmoción y de la gente que corre despavorida, Cornelio se agacha, todavía sin comprender, y se acerca a su amigo, agonizante, en el suelo. Alcanza a escuchar sus últimas palabras: —Yo también hablaba con Él.

Perdieron el vuelo. Les urge llegar a Guadalajara. Está lloviendo. Mucho viento. El clima no favorece. Un contrato es un contrato.

—Vamos a tener que rentar una avioneta —dice el Jimmy.

Cornelio estornuda, le duele la garganta y la cabeza, se siente muy mal.

—¿A poco crees que voy a cantar así? Ni madres. Vayan ustedes. Después los alcanzo.

—Mañana es el concierto. Nos están esperando. No podemos fallarles.

—Vayan ustedes, yo no aguanto esta gripa. Mañana los alcanzo.

Cornelio pone atención al despegue de la avioneta. Ahí van los músicos, los instrumentos, los técnicos, los ayudantes. Demasiado para una avioneta tan pequeña. Se eleva con dificultad. Cornelio carraspea. Intenta solfear. Vengo a decirle adiós a los muchachos. La lluvia arrecia. El frío no tiene madre.

## Tus ojitos que matan al mirar

Estás rodeado de colegialas. Todas ellas corren para abrazarte; te besan, te apapachan. Desfilan frente a ti, uniformadas, con su falda corta y sus calcetas blancas. Sonrientes, coquetas, atrevidas. Se desabotonan la blusa, un poco.

—¿Tengo que escoger a una? —preguntas.

—No. Pueden ser las que gustes —contesta una voz.

—¿Y me las puedo llevar a mi casa?

—Claro, Ramón. Puedes quedarte con ellas si quieres.

No logras cerrar la boca, no logras escoger. Te gustan las rubias, por supuesto; pero las morenas son igualmente bellas. ¿Y qué tal las pelirrojas? Las que se pintan el pelo. Las que empiezan a maquillarse. Las que todavía no saben fumar. Las que tienen pechos que retoñan. Las que tienen enormes senos. Las flacas. Las gordas. Las chinitas. Las pecosas. Las que huelen a jazmín. Las que huelen a sudor. Las de cabello largo. Las de cabello corto. Las locas que se rapan la melena. Las que se tatúan. Las que no dejan el chicle. Las de múltiples aretes. Las modositas. Las hacendosas. Desfilan delante de ti y no te decides. Solamente abrirás los brazos y dejarás que lleguen al azar. Con los ojos cerrados, con los labios en punta.

Abres los brazos.

—Vengan a mí, dulces princesas de mi corazón.

## Mujer que allá en el fango perdiste el corazón

Juiqui, juiqui, juiqui, juiqui. La garganta. Abre la puerta de su casa. Se quiere acostar. ¿Dónde están las aspirinas? La cabeza y los músculos adoloridos. ¿Le hablaré al doctor? Juiqui, juiqui, juiqui, juiqui. La casa está oscura. Se escucha algo de música, el volumen muy bajo. Sube los escalones. Reconoce *La banda del carro rojo*, interpretada por Los Tigres del Norte. Esos Tigres no tienen futuro. Canciones de traficantes, a la gente no le va a gustar eso. Juiqui, juiqui, juiqui, juiqui. Tengo que hablar con mi vieja de que no ande poniendo esa música.

No se percata de otros ruidos que también provienen de la recámara: suspiros, resuellos, ah, aah, aaah aaaah... La cama haciendo juiqui, juiqui, juiqui, juiqui. ¿Dónde están las aspirinas? Entra a la recámara, enciende la luz.

Juiqui, juiqui, jui. Pinche Carmela Rafael, hija de la chingada.

—Es difícil de explicar, señor Ramón. La música de Los Relámpagos siempre fue muy especial para mí, como algo íntimo que se esconde debajo de la cama, como algo que no quieres que sea descubierto y lo traes siempre contigo. Su música es como una multitud de pájaros que decide pararse frente a mi casa en unos cables de luz. No sé si me entiende. Si yo le pusiera un nombre a su música, si yo la llevara a la iglesia para que la bautizaran, diría que se llama Ranulfo. Sí. Ranulfo Antonio, porque así se llamaba mi papá, un hombre alto que durante las mañanas leía el periódico y escuchaba sus discos de Los Relámpagos. Se sabía las canciones de memoria. Una vez me dijo que hubiera querido ser músico, como usted, y que si fuera músico, como usted, sólo tocaría el acordeón y sólo canciones nortañas. Él no sabía de instrumentos, pobrecito, ni siquiera era afinado; pero cómo le gustaba escucharlo. Yo era una niña chiquita entonces. Se agachaba y bailábamos de cachetito. Mi papito chulo. Cómo lo extraño. Se parecía a usted. Igual de guapo.

Ramón contempla las esplendorosas piernas de Susana. Están muy cerca, al alcance de la mano.

## Adiós, mujeres alegres

¿Te has fijado cómo me miran? Deberías verlas después de uno de mis conciertos. Se amontonan afuera de mi camerino, quieren entrar a como dé lugar.

Desean acostarse conmigo, sueñan con tener hijos que se parezcan a mí.

Si yo quisiera me acostaría con cada una de ellas sin que me importaran las consecuencias. Pero, sabes qué: son puras viejas traicioneras, vacías, que sólo te quieren un ratito para decirle a sus amigas que se cogieron a un chingón. A cualesquiera de ellas puedes entregarle tu amor, tu confianza, tu dinero, las dejas que opinen sobre cuestiones que no saben, las subes a un pedestal, las vuelves reinas y luego terminan acostándose con el primer tigre que pasa. Todas son iguales.

Quizá dirán que soy un anticuado, pero yo busco a una mujer con corazón, una que me quiera porque soy yo; no un ídolo, no una estrella luminosa.

Lo malo es que es difícil ser juez y parte a estas alturas del camino. Tendría que volver a nacer y es imposible.

Ni modo.

Uno cambia la fama por la felicidad.

Es el pacto que hacen los artistas.

Adorado hijo mío:

Cómo recuerdo aquellos tiempos en que caminábamos por el parque, los momentos que pasábamos juntos en la playa. Tu carita de niño. Tu sonrisa con esos dientecillos que apenas se asomaban. Te arrojaba alto alto y luego caías en mis manos, ¿lo recuerdas? Entiendo que es muy difícil recobrar el pasado; pero tenemos aquí un presente, Cornelio, una época palpable, en la que los lazos sueltos se pueden volver a unir.

Aquí están mis manos, hijito, ven a mí como cuando dabas tus primeros pasos.

Papá no te dejará caer

\* \* \*

No sé qué se trae usted. ¿Está ciego? Incluyo copia de ésta y la anterior misiva traducidas a Braille. He dejado de mencionarle a mi madre que me escribe, ya que afecta seriamente su estado de salud. Si ella está segura de que su marido murió víctima de una enfermedad desconocida, ni modo que yo vaya y le diga «Papito», y lo reconozca como mi padre. Está usted loco. No me voy a prestar a esas tonterías.

\* \* \*

«Papito.»

¡Cómo recuerdo el sonido de tu voz cuando me hablabas! ¿Por qué me fui?, te preguntas, ¿por qué dejé a mi familia? Difícil explicar los caminos de la vida. Muchas veces uno hace planes para el futuro, y éstos se desmoronan como una galleta. Los hombres somos seres inconformes (algún día lo comprenderás), incapaces de reconocer la felicidad cuando ésta se encuentra delante de uno. Y tú eres lo mejor que ha existido en mis días. Me regocijo de saber que te encuentras bien, y que tú mamá goza de perfecta salud.

Te envío una multitud de abrazos, con la seguridad de que pronto te los haré llegar en persona.

\* \* \*

Señor:

Mis abogados se molestan porque yo continúo esta inútil conversación con usted.  
Ya no lo haré, ya no abriré sus cartas.

\* \* \*

## Para qué te explico

Sus amigos se asombran por el cambio. ¿Qué te pasó? Te ves más joven. ¿Te cortaste el bigote? ¿Te pintaste el pelo? ¿Te cambiaste el peinado? ¿Qué te hiciste, Ramón, qué te hiciste?

Sólo quiere una oportunidad.

Cuando se corre la voz de que Ramón quiere regresar a la farándula, llegan a la ciudad los músicos retirados: Leopoldo Marrón en el bajo sexto, Raúl López Hidalgo en la batería, Paco Amparán en los teclados, Dolores Martín del Campo en el bajo eléctrico y Tony Nevárez en las percusiones.

—Este es el plan, muchachos. Formar un grupo nuevo que se llame los Bravos de Agosto. Que se parezca a Los Relámpagos. Igual pero distinto. Con más sabor, másailable. Tocamos las canciones de antaño y otras nuevas que traigo por aquí.

Los músicos observan a Ramón, quieren saber si todavía tiene la magia, si no perdió nada durante sus largas vacaciones. Quieren que demuestre que las notas y los ritmos todavía están ahí, entre su cabeza y su corazón.

Los dedos de Ramón tienen buena memoria, se deslizan a lo largo y ancho de Marilú, la acarician, la estiran, la aplastan, y con mucha naturalidad empiezan una melodía que acaba de componer: *Susanita ojos bonitos*.

Cornelio se encierra en un ropero.

Se hace un ovillo. Abraza sus pantalones y sus camisas vaqueras, se sienta sobre sus zapatos y botas. No tiene preguntas ni respuestas. La oscuridad y el olor a naftalina son su único universo.

Tocan a la puerta de su casa. No quiere escuchar. Le gritan desde afuera: tus canciones, tus contratos, tus conciertos. No quiere salir. Nada le importa.

Sus admiradoras llegan en autobuses y motocicletas. Los clubes y las pandillas nacionales se reúnen frente a la casa de Cornelio. Hacen guardia, se pelean, pernoctan. Algunas franquean los altos muros e intentan asomarse por las ventanas. La casa de Cornelio está en un completo abandono, sin señales de movimiento. Solitaria. Pero él está ahí, en el ropero, ellas lo saben.

Ahora son sus guardaespaldas. Si no quiere salir, que nadie lo moleste.

Las motociclistas son las primeras en irse, cansadas de hacer fogatas con llantas y planes terroristas que no se llevan a cabo. Pinche Cornelio, no sabíamos que fueras tan culero. Qué pena, qué decepción.

Las más devotas velan en el jardín, procuran regar las plantas y cortar el césped; por lo menos eso.

Cornelio las escucha entonar sus canciones, todos los días, a todas horas. Coros de muchachitas delgadas y bellas que cantan con entusiasmo (*Te regalo este jaboncito, La última canción, El corrido de Adelaida*). Alegres, sonriendo. No te vamos a dejar ir, eres nuestro rey, nuestro santo patrono. Sin ti no somos nada.

Al pasar del tiempo son menos las voces, el entusiasmo envejece hasta quedar una sola voz, sin acompañamiento: una canción triste, una de esas que conmovían a las adolescentes, que las hacían llorar o enamorarse. Una sola voz que se fue apagando hasta que sólo hubo silencio.

Encerrado en el ropero, Cornelio escucha ese silencio.

El señor Velasco realiza uno de sus pasatiempos favoritos: mirar al pueblo a través de las ventanas de su limusina. Ama a su país y a su gente. Le gustaría tenerlos en su regazo para poder tocarlos, acariciarlos. Las palabras brotan de su conciencia con naturalidad.

—La televisión sólo es una herramienta en mis manos. La utilizo cuando lo requiero. Si quisiera, me alejaría de las cámaras; son ellas las que me necesitan y no al revés. Yo podría estar parado en una plaza y la gente se congregaría y me escucharía. Es un talento divino. Se nace y se vive con él. Tengo en mis manos este poder, sería egoísta ocultarlo, ¿no crees?

Mónico ha descubierto la importancia de sintetizar. Apunta:

«Televisión al revés / un talento egoísta.»

Pero finge seguir escribiendo para que su patrón no lo tome a mal.

## Ay, qué suerte infeliz me tocó

Cornelio, muchacho, entiéndeme: yo sólo quiero escribir canciones. Seré muy Dios, y habré hecho muchas cosas, pero sólo unas cuantas me salen bien. Y escribir, qué te puedo decir, es un deleite, un placer, mi regodeo favorito.

En otra época, qué te diré... Yo hice este mundo, lo poblé de aves, insectos, hombres y mujeres. Y lo hice con estas manos. Y pues no seré un dios perfecto, lo acepto, pero soy el único, de veras, no hay otro. Y a veces está cabrón, me cae que está cabrón. La puta soledad es la más grande que te puedes imaginar. Y una de las desventajas de ser Dios, ya te lo he dicho, es que todo es demasiado grande, todo se va en excesos: los dolores, los amores, el hambre, las ansias... Y luego, eso de saber todo y ser omnipresente, te diré, es una chinga. Como que si ya no hay novedades... Por ejemplo, sé perfectamente que estás ahí, escuchándome. Sé que quieres hacerme pensar que no estás en la casa; pero sé, también perfectamente, que estás en el ropero y sé lo que sientes y lo que piensas. Y sé que no puedes quitarte a esa vieja de los pensamientos, que da vueltas y vueltas como cuando recién te estabas enamorando. Así es, te obnubila: el amor: el odio: la felicidad: la desesperanza: la frustración: el fracaso; lo corté con la misma tijera.

Ábreme la puerta, compa, tu Dios te lo ordena. Ábreme esta pinche puerta que quiero darte un abrazo y decirte que no hay bronca, que todo estará bien. Y no pienses un solo momento que yo no puedo abrirla. Por supuesto que puedo. Podría, incluso, tumbarla con un soplido como si fuera un lobo feroz. Pero no sería lo mismo, Cornelio. Como en las películas de vampiros, es mejor que el huésped me invite. Se siente más agradable. Porque si me abrieras esta puerta, con tus propias manos, sería como abrir tu corazón. Y eso es lo que busco, cabrón: un pinche corazón que me escuche. Qué, ¿se oye muy cursi, te parecen babosadas? Por eso escribo, Cornelio, ¿no lo sabías? Porque es mi manera muy particular de entrar al corazón de la gente. Por eso comencé a componer: me cansé de esperar a que la pinche gente se acercara. Mis palabras, tu voz. Es lo único que busco, muchacho, que todo sea como antes: yo escribir estas canciones, tú cantarlas, y si Ramón tocara el acordeón... bueno... eso ya sería un valor agregado.

¿Qué te sucede?

¿A poco te vas a rendir?

No seas coyón.

Qué, ¿pensaste que la vida era puro caramelo y chocolate?

Pues no. La vida es una pinche montaña rusa. Los pendejos se caen; los abusados siguen agarrados al vagón. Qué onda. No me falles ahora después de tanto que hemos

hecho juntos. Aquí tengo otra canción para ti, ponte trucha. Es una canción de amor. Un amor que empezó chingón y que luego valió madre. Una canción que yo tenía guardada para José Alfredo, pero que nunca le solté y ahora es tuya. ¿Qué te parece? Nomás no te rindas, Cornelio. Necesito una voz. Tú eres esa voz. Aliviánate. Escribe. Toca. Levántate y anda. El público te espera. El público nos espera.

¿Dónde voy a conseguir a otro cabrón como tú?

## Cartas que vienen y van

Mi niño lindo:

Sí, tu papá está viejo. Quién sabe cuántos años podré caminar sobre este mundo, supongo que pocos. Le agradezco a Dios la oportunidad que me brindó de poder verte en la cima del éxito. Tal como alguna vez te imaginé, tal como un padre que ama a sus hijos se imaginaría. Desde que eras pequeñito podía ver en tu cara que sólo buena fortuna se avecinaba para ti. Claro, siempre pensé que nuestra miserable situación económica te impediría llegar a la cima en la que hoy te encuentras. Llegué a considerar que yo era un lastre en tu vida, que por mi culpa esa familia estaría siempre subyugada a la pobreza. Por eso decidí huir de la casa. Porque entendí que sólo así podría mi Cornelio escalar por encima de la adversidad y ser la estrella que ahora es. Fue un sacrificio inmenso. Pero fue por ti, por ti, mi niño lindo, mi cabecita de ajo, mi manzana dulce, mi helado de pistache.

\* \* \*

Adjunto a la presente encontrará usted un cheque que representa la primera mensualidad de la pensión que el señor Cornelio ha decidido otorgarle por el resto de su vida. La firma de la presente carta compromiso, que usted deberá devolver a este despacho en un lapso no mayor a una semana, condiciona su pensión a que usted no busque comunicarse nuevamente con él. En caso de que usted vuelva a escribirle, la pensión quedará anulada.

Atentamente,

los abogados

## Canciones para chiquillas traviesas

Sucesión de éxitos: *Susanita eres la mejor*

*Tan chiquita pero tan grandota*

*Abre las piernas, angelito*

*Esta noche me la llevo*

*Véngase con su apá*

*Que no se entere su amá*

*La casita en que vivimos*

*Hora de casamos, muñequita*

Que no me quiera, eso no me importa

Estimado Ramón:

Debe causarte extrañeza recibir una misiva de una mujer que sólo supo causarte conflictos. Para que veas cómo el planeta da vueltas, y los que estuvieron una vez en el copete de la inmortalidad pueden llegar al fondo de una insondable oquedad.

Mi vida ha dado vuelcos hacia la desesperanza, hundiéndose en los abismos de la perdición y la congoja. Cornelio ha olvidado el significado del amor. Su corazón se ha contraído y lo que era dulzura en ese gran hombre ahora se ha convertido en una irreductible animadversión hacia mí. Sabrá Dios de dónde viene tanto resentimiento.

No te escribo para quejarme de mi plañidera existencia, al fin que cada quien cosecha lo que ha ido plantando. Mi única petición es que busques a tu antiguo amigo, que lo salves del naufragio que ha escogido. Ese Cornelio es un testarudo; no será capaz de llamarte por más que piense en ti y se la pase escuchando tus discos.

Ve a buscarlo, Ramón. No te lo pido por mí sino por él. Está enfermo. Está loco. No sé qué le pasa.

Cordialmente,

CR

**Ya con ésta me despido**

El día que yo me muera  
no voy a llevarme nada;  
hay que darle gusto al gusto,  
la vida pronto se acaba.

Carlos Coral

RAMÓN: Era mi amigo, mi hermano; pero mucho más que eso. No puedo imaginar la historia de mi vida sin su presencia; siempre estuvo ahí, como mi sombra, mi ángel de la guarda. Me sacó de muchísimos problemas. Nos divertimos y sufrimos, nos hicimos hombres juntos. Hubo buenas y malas épocas. Es difícil explicarlo, no soy gente de palabras. Por eso prefiero dejar que hablen mis canciones, ahí pongo mi mejor empeño, ahí puedo confesar lo que llevo adentro. Y cuando pienso en Cornelio, pienso siempre desde el corazón. No puedo hacerlo de otra manera. Y para no fallar, mejor dejo que hable mi acordeón. Ella sí se sabe mis sentimientos, ella sí puede hablar de ellos. Mira, paso los dedos por aquí, la abro, la cierro, la estiro y esos dulces sonidos mencionan el nombre de Cornelio, mi amigo, mi hermano. Para mí no hay música sin él.

---

Fragmento de *Truenos y relámpagos: conversaciones con Ramón y Cornelio*, de Abigael Bohórquez.

## Cuatro muertes hay en la vida

Cornelio ya no piensa en José Alfredo. Es un amigo más, uno que se ha perdido en el tiempo. Por eso, cuando escucha la noticia de que el gran compositor está en un hospital, no parece ponerle importancia. Continúa como si nada hubiera pasado: se levanta tarde, come, juega baraja, come, ve el fútbol, come, se masturba, come.

Empeoran las noticias acerca de la salud de José Alfredo. Cornelio se entera a través de la televisión. No quiere saber nada de eso. Para qué recordar.

El viejo maestro aparece en sus sueños. Eso ya es demasiado. No tiene un control remoto que cambie el canal de sus sueños o por lo menos que baje el volumen. Tiene que verlos y escucharlos. José Alfredo lo llama. Lo quiere ver antes dé. Se aferra a la vida aunque debería soltarla, dejarla ir.

José Alfredo está en San Diego. Hospital Scripps.

Cornelio lentamente aborda auto, cruza ciudad, llega a frontera, hace fila, escucha radio, larga espera, muestra pasaporte.

Oficial gringo no lo reconoce. Pendejo.

Sigue camino por autopista, lentamente, sin prisa, no quiere llegar. Carros rebasan, toma salida, entra a calle, avanza cuadras, se pasa, regresa, busca estacionamiento, lentamente, pregunta en recepción, 607, toma elevador, baja piso antes, usa escaleras, avanza pasillo, tropieza con enfermera, llega a 607, espera.

Respira profundo.

Cornelio en un cuarto blanco, una cama, José Alfredo en esa cama. Tubos entran y salen de la nariz, de la boca, de sus brazos. Lo observa. José Alfredo. Amigo. Maestro. Avejentado. De lejos, lo observa de lejos. Es hora de irse.

Pasillo, elevador, recepción, estacionamiento, carro.

Enciende el motor.

Observa. Calles, edificios, mujeres con niños, hombres con portafolios. Observa.

Apaga el motor.

Cornelio regresa al cuarto de José Alfredo, corriendo. Su maestro. Su amigo. Debe saludarlo. Abrazarlo. Escuchar sus palabras, sus últimas palabras.

Recepción, elevador, pasillo, tropieza con enfermera, 607.

Cornelio se acerca a José Alfredo: últimas palabras, se solicitan; canción, una última canción para un mundo ansioso de melodías.

José Alfredo lo mira. ¿Lo reconoce?

José Alfredo se va.

No hay últimas palabras ni últimas canciones.

José Alfredo se va.

¿Yo también hablaba con Él?

Ni eso.

José Alfredo se va.

## Ya tienes la puerta abierta

Ramón se entera de que Cornelio ha regresado a Tijuana. Cuando Los Bravos de Agosto pasan por ahí, durante una de sus giras, Ramón le manda dos boletos y un recado: «Acompáñanos, hermano.»

Los Bravos se presentan en la plaza de toros. Rompen récords de asistencia.  
De Cornelio, ni sus luces.

## Cuando todo mi mal se haya ido

Regreso a la ciudad, a las mismas calles, a los mismos barrios. Regreso a la Zona, llena de recuerdos. Lugares que traen gusto, que encienden luces.

Todo ha cambiado, todo parece igual.

Los músicos norteros comienzan su eterno recorrido, ofreciendo canciones que levanten el ánimo y hagan palpar el corazón al ritmo de un paso doble, una polka o un chotis.

Cada esquina es un recuerdo, cada cantina es un templo, un lugar sagrado al que se tiene que regresar y regresar y regresar.

¿Ves esa esquina?

Ahí estuvimos parados, descansando del humo y del calor, esperando clientes que buscaran cosas perdidas en la maraña de esos dardos que lanzábamos en forma de canciones.

Yo estuve en esa esquina, yo caminé el mismo camino.

Yo le lanzaba piropos a mujeres que pedían auxilio.

Yo le di la mitad de mi cerveza a un borracho que apenas podía levantarse.

Yo conté con mi compañero los billetes de la noche.

Aquí estuvieron Ramón y Cornelio cuando nadie sabía quiénes eran Ramón y Cornelio, cuando sólo eran un dueto entre otros duetos en una frontera como cualquier frontera. Hicieron su recorrido eterno, suspiraron igual, perdieron y recuperaron la esperanza, noche tras noche, en esos callejones.

Ahora, sólo la música permanece, sólo la música es real.

Una de tantas cantinas en la Zona. Viernes en la noche. El maestro de ceremonias trata de calmar al escaso público, cuenta malos chistes. El ambiente empeora. Vuelan botellas e insultos. Cornelio tarda en salir al escenario.

El gerente toca la puerta de su camerino. Nadie abre, nadie contesta. Les ordena a sus ayudantes que la tumben. Cornelio dormido, botella en mano.

—Escúchame, imbécil, te contraté cuando ya nadie quiere contratarte. Te di una oportunidad. Ahora me cumples, cabrón. Me cumples o te chingo.

Cornelio aparece ante la luz de los reflectores. El ojo izquierdo inflamado. Apenas se entiende lo que dice cuando dirige unas palabras al respetable. No se ha rasurado en varios días. Está muy gordo. Empieza con *Me subí a la nube*. Algunos nostálgicos aplauden.

La voz, ¿dónde está la voz?

La memoria, ¿dónde está la memoria?

Se le olvida la letra.

Improvisa: «Y tú que te creías el mejor de todos / mira ahora lo que ha sido de ti...»

La gente abuchea.

Vuelan botella e insultos.

Pleito.

Vuelan sillas y mesas.

La noche es un desastre.

## Recuerdos que jalan recuerdos

De vez en cuando José Alfredo se da una vuelta por la casa de Cornelio, generalmente a la hora de comer. Cornelio se ha vuelto excelente cocinero: prepara un espagueti sabroso, una salsa de tomate exquisita.

—¿Y la receta?

—Es un secreto.

—¿No me lo vas decir?

—¿El secreto?

—Sí.

—No.

—¿Por?

—Es un secreto.

—...

—...

—Oye, ¿y Ramón?

—Qué tiene.

—¿No lo has visto?

—No.

—¿No lo quieres ver?

—No.

—¿No extrañas el sonido de su acordeón?

—No.

—¿De veras?

—...

—...

—Una vez anduve con una vieja —dice José Alfredo— que harto me gustaba, por bonita; y que harto me quería casar con ella, por tonto. Sólo que ya estaba casado con una vieja que amaba un chingo, la madre de mis hijos. Era un dilema.

—Supongo.

—Pero la vieja nueva estaba re chula. De veras. Una de esas viejas chulas por las que uno cambia esposa, hogar, religión, amistades, disciplinas, gustos, ropa, ideales. ¿Me entiendes?

—...

—¿Cómo crees que arreglé ese asunto?

—No tengo idea.

—Dejé a mi esposa.

—Pobre.

—Sí. Se enojó mucho. No sé por qué son así las mujeres.

—...

—Pensé que el camino terroso hacia mi felicidad sólo se pavimentaba con la palabra «divorcio». Por supuesto, me equivoqué.

—Me imagino.

—La nueva vieja resultó más cabrona que chula, y como me tardé en arreglar el divorcio, para cuando firmé papeles ya se había ido con otro «menos pendejo», según sus palabras.

—Qué cabrona.

—Me quedé como el sabueso de los dos emparedados.

—Y ¿qué hiciste?

—Anduve muy jodido.

—¿Y luego?

—Fui con mi ex, le rogué que regresara, que nos volviéramos a casar, que yo era un hombre vuelto a nacer, un mejor José Alfredo.

—¿Y?

—No quiso, ¿tú crees? No sé por qué son así las mujeres.

—¿Entonces?

—Me puse a componer canciones, primero como pasatiempo, para olvidar mis penas, luego porque no sabía hacer otra cosa.

—Te noto triste.

—Pues cómo no. Tengo uno de esos corazones que se parecen a la fruta que nadie compra, ta que está debajo de las demás frutas, magullada.

—...

—...

—¿Y a qué viene todo esto?

—Mi esposa, la que dejé, hacía un espagueti muy rico, como el tuyo.

—...

—...

—El espagueti nunca falla para jalar los recuerdos.

—Así es.

—...

—...

—...

—¿Y Ramón? ¿No lo has visto?

Ramón espera que el señor Velasco lo llame de un momento a otro. Cuando lo haga, va a tener el gusto de decirle que no quiere asistir a su programa de televisión y que se vaya a la mierda. Espera, pero la llamada nunca llega.

—Ese pinche señor Velasco todavía cree que soy un segundón.

## Qué le buscas si ya no me quieres

—Cornelio, ¿eres tú?

—¿Eres tú?

—Sí, sí. Te habla Ramón.

—¿Ramón?

—Te llamo para ver cómo estás.

—¿Cómo estás?

—Yo bien, gracias. Pero he oído que te sientes mal, que andas un poco enfermo.

Quería que supieras que por acá pensamos en ti y te deseamos lo mejor.

—¿Lo mejor?

—Sí, hombre. Quería invitarte a que grabáramos un disco juntos.

—¿Juntos?

—Claro. Un nuevo disco de Los Relámpagos de Agosto. Para cantar las viejas canciones otra vez.

—¿Otra vez?

—¿A poco no sería buena idea? Tú y yo juntos, como antes.

—¿Como antes?

—Piénsalo. Creo que sería un exitazo. Dile a tus representantes que le hablen a mis representantes.

—¿Mis representantes?

—Nos vemos, Cornelio. Me dio gusto saludarte.

—...

—¿Saludarte?

## Adiós, botellas de vino

Cornelio ha decidido dejar de beber. Esa mañana se levanta temprano, se afeita. Habla por teléfono. Se le nota fresco, entusiasta. Dice que empezará una dieta y caminará todas las mañanas para bajar la panza. Compra el periódico. Se queja de la situación política. Enciende el radio. La pinche música que están haciendo ahora... Estos mocosos no saben lo que tocan. Yo me acuerdo de la mera época de Los Relámpagos, entonces sí sabíamos lo que era una canción norteña. Los corridos hablaban de hombres valientes, no de narcotraficantes culeros. Voy a componer una canción y les voy a enseñar a estos babosos lo que es hacer buena música. Y comienza a escribir en pequeños cuadros de papel: «Yo recuerdo cuando éramos amigos / lo bonito que te oía hablar de mí / ahora que han pasado muchos años / parece que olvidaste...» Parece que olvidaste... No es lo mismo sin el bajo sexto. Cornelio abre un baúl. Una de las cuerdas está rota. No importa. «Parece que olvidaste / el amor que un día tuvimos / Ese amor que te hizo...» Ahí está el dolor. El pinche dolor, ¿no lo ves, no lo sientes? Aparece en un lugar profundo y negro como su suerte; manosea su corazón, lo estruja y se clava en el fondo de su cerebro. Pinche dolor.

Cornelio quiere seguir.

No puede.

«Ese amor que te hizo sentir más mujer.»

El bajo sexto se quiebra bajo el enorme peso de su cuerpo.

## Soy borracho y parrandero

El autobús te deja lejos de la casa grande. Todavía tienes que caminar un trecho. Escuchas música alegre, guapachosa. Una fiesta en la casa grande. A través de las ventanas puedes ver a la gente bailando, divirtiéndose.

De vez en cuando se abre la puerta y sale algún borracho, feliz.

Sólo querías hacer una visita de cortesía. Pero ahora resulta que hay una fiesta en la casa grande. Te sientes un tanto abochornado porque no llamaste antes de hacer la visita, porque estás ahí sin haber sido invitado. Quizá sea mejor regresar a la parada de autobuses, así no molestarías a nadie.

El jolgorio, el convite, el zapateado incesante. Las parejas dan vueltas sobre la pista de baile. La música norteña llena todas las esquinas y se precipita sobre ti. El caudal te arrastra hacia el interior de la casa grande, no lo puedes evitar.

Un mesero pone una botella en tu mano.

La cerveza está en su punto. Nada como el primer trago.

Te tiemblan las piernas. Estás nervioso como si fuera la primera vez que te paras en una fiesta. No encuentras a nadie conocido. De cualquier forma, la gente sonrío, las mujeres te saludan con un beso en la mejilla, algunos hombres te abrazan, otros te dan palmadas en la espalda.

Te sientes bien. ¿Otra cerveza? Cómo no.

El anfitrión platica con un grupo de sus invitados. Se acaba de dar cuenta de que estás aquí. Su mirada y su sonrisa son suficientes para que entiendas que eres bienvenido.

Una gran sonrisa. Se acerca. Un gran abrazo.

—Qué pasó, Cornelio, te estábamos esperando. Por allá andan Pedro, Jorge, Javier, Lola y José Alfredo. Llegaste a buena hora, ya estamos por servir la comida.

Pero sobre mi tumba no vayas a llorar

El señor Velasco viste un impecable traje blanco. Su rostro refleja perfectamente la seriedad que ensayó momentos antes frente al espejo. El público lo espera, impaciente. Lo observan millones de ojos. Su discurso es muy elocuente: profunda tristeza, ídolo de México, excelente artista, fina persona, modelo único, recuerdo eterno, minuto de silencio, amor, tiempo, justicia, instituciones, país, democracia, nuestro entorno sociopolítico, las próximas elecciones, la guerra contra el crimen organizado...

Un minuto de silencio. Un aplauso.

Sólo entonces el señor Velasco muestra su famosa hilera de dientes blancos.

Block de notas: «El amor eterno / corta el tiempo / nuestro silencio».

Y la vida puede continuar.

## Lo que estaban haciendo cuando se enteraron

Susana: cortando tomates.

Javier Solís: muerto.

Carmela Rafael: afeitándose las axilas.

Pedro Infante: muerto.

Yéssica Guadalupe: pensando en comprar un automóvil nuevo.

Jorge Negrete: muerto.

Ramón: abrazando a Marilú.

José Alfredo Jiménez: muerto.

Dios: probándose distintos tipos de sombreros tejanos, ya es hora de comprar uno nuevo.

Le llega la noticia durante la gira por Sudamérica. Deja su acordeón y toma el teléfono.

Susanita le dice: —Me gustaría estar contigo, Ramón, para abrazarte, para decirte palabras lindas y reconfortantes. Sé que lo vas a extrañar. Estás trabajando demasiado. Te quiero. Regresa pronto. Te adoro. Eres lo máximo.

Ramón cuelga el teléfono con la certeza de que ya no volverá a salir el sol en sus días. De aquí en adelante, sólo nubes para él.

Nubes y neblina.

Nubes, neblina y lluvia.

Nubes, neblina, lluvia y relámpagos.

Quiere cancelar el concierto de ese día. Los muchachos de la banda intentan disuadirlo: al contrario, le deberíamos dedicar esta noche, es lo mejor que podemos hacer por él.

Ramón quiere estar solo con su acordeón.

—En momentos como éste —le dice— podría escribir una canción melancólica que haría llorar a muchas personas. Las notas aparecen y desaparecen en mi cerebro como el anuncio de una marquesina. Junto a la melodía se integran algunas palabras que hablan de amistad y traición. Es un corrido.

—¿Por qué no la escribes? —pregunta Marilú.

Ramón mira con detenimiento el reflejo de los rayos del sol en el cuerpo de Marilú. Qué bonito brilla. Es linda, es pelirroja, tiene bonito cuerpo. Está sentada en un sillón, parece comprender su desdicha.

—No puedo.

Las estrofas del corrido lentamente van desapareciendo.

En momentos como ése, Marilú sabe que sólo hay una manera de contentar a un hombre. Se arrodilla junto a él y le baja la bragueta.

La gloria eres tú

Ramón graba Recordando a Cornelio, que incluye varios temas de Los Relámpagos de Agosto. Es un éxito de ventas en Estados Unidos. El disco llega a doble platino.

Gloria Estefan le entrega un Grammy.

## El recuerdo inolvidable de tu ausencia

Ramón y Cornelio corren por la playa. Lentes oscuros. Diminutos trajes de baño. Sonrisas. Sus cuerpos brillosos, cubiertos de bronceador. Corren a paso lento, sin prisa. Detrás de ellos unos guardaespaldas tratan de alcanzarlos. A lo largo de la playa, los turistas se bañan, disfrutan el sol, beben daikiris, construyen castillos de arena. Ramón y Cornelio. Cornelio y Ramón. Ellos ignoran a su público, extasiados por el ritmo de su propia respiración.

—Hora de descansar —dice Ramón a su compañero.

—Cómo crees —su sonrisa es la mejor sonrisa que ha visto.

Cornelio sigue corriendo. Se adelanta. Ramón intenta seguirlo, pero está muy cansado, su corazón latiendo fuerte como cuando eran niños y jugaban en el jardín de su casa. Lo ve alejarse,

lo ve convertirse en un punto lejano,

luego simplemente en un punto,

luego simplemente en una distancia,

en una distancia indescriptible,

en una playa,

en una playa desierta.

Despedida

Adiós, Cornelio. Luego te alcanzo.

# Apéndice

Empezó como un relato de unas cuarenta páginas, titulado *Ramón y Cornelio*. Lo escribí rápidamente, poseído por un frenesí creativo, repleto de buen humor y de gusto por la música del norte de México, las canciones de mi infancia. Era un homenaje a lo que me gustaba leer y escuchar: libros, música, cine... la revoltura que traigo siempre en la cabeza y que busca desesperadamente una salida.

Como muchas otras cosas que he escrito, era un texto para ser leído en voz alta. Y no es que fuera pensado como un texto dramático sino más bien como una celebración, una fiesta que debería ser escandalosa y, por lo tanto, escuchada en todas partes. Contacté a Hebert Axel González, queridísimo amigo, para invitarlo a dirigir un trabajo en atril. Le encantó la idea y el resultado fue un espectáculo que él terminó describiendo como «teatro en mesil», porque los actores leían desde una mesa haciendo todo tipo de hilarantes personificaciones. El espectáculo *Ramón y Cornelio* fue un éxito en Tijuana, con más de cien representaciones, gracias al trabajo actoral de Manuel Villaseñor, Laura Durán, Sergio Limón, Andrés Franco, Isabel Rolón y Carlos Puentes.

La experiencia de escribir el texto había resultado tan divertida que sentía que me faltaba mucho por contar sobre el dueto de músicos. Su historia debería examinarse a fondo, cuarenta páginas ya no eran suficientes. Desde un principio el relato había estado cargado de referencias culturales y obsesiones personales, desde la música rock hasta la podofilia. Decidí seguir escribiendo, expandiendo todo eso: la amistad de Ramón y Cornelio debería crecer, José Alfredo debería morir más de una vez, aparecerían nuevos personajes como Mónico y Jimmy Vaquera, además de un homenaje al querido poeta Abigael Bohórquez.

La novela fue publicada originalmente bajo el sello de la Editorial Joaquín Mortiz en 2001, pero desde un principio sufrió problemas de distribución y nunca se reimprimió después de agotarse. La dificultad de encontrar ejemplares del libro no impidió que éste lograra arraigarse en el gusto de muchos lectores, de quienes yo recibía ocasionalmente comentarios positivos (y hasta ensayos y tesis de licenciatura que tomaban la obra como objeto de estudio). Cuando me inscribí a la red social Facebook, las solicitudes de la novela se hicieron más frecuentes. Me sorprendió enterarme de que mucha gente la conocía de oídas o la había leído en fotocopias, y yo no tenía problema con enviarle ejemplares en formato PDF a quien fuera que la solicitara.

Cuando Tusquets Editores me presentó la oportunidad de una nueva edición de *Idos de la mente*, busqué mis apuntes del tiempo en que escribí la novela y me

encontré con una serie de escenas que originalmente había descartado de la primera edición. Consideré restituir algunas de ellas; pero finalmente opté por dejar la novela tal y como se publicó en 2001 (salvo algunas palabras y comas que tuve que cambiar, más por obsesivo que por otra cosa). Sin embargo no quise dejar a un lado estos fragmentos y pensé que sería buena idea incluirlos como apéndice, o más bien como las escenas omitidas de las películas que muchas veces se incluyen en los DVD.

Algunos de estos pasajes fueron descartados en su momento porque resultaban muy descabellados o agregaban un bulto innecesario a la historia. Otros, los quité por pudor, por prisa o simplemente porque no supe dónde ponerlos. Entre ellos se verá que quise detallar más sobre la niñez de Ramón y Cornelio, incluso tenía pensado crear una acérrima rivalidad entre las mamás de éstos, con un trágico desenlace que hacía alusión a la infancia de John Lennon. Conjuntamente, se hallará una subtrama que involucra al personaje de Ramona, que en la novela se menciona sólo en la página 117. Asimismo, un brevísimo monólogo de Yéssica Guadalupe sobre el arte de pintarse las uñas y las palabras de despedida de Ramón a su hijo después de su divorcio; diferencias creativas entre Dios y Cornelio; lo que sucedió a los fulanos que solicitaron un narcocorrido; los temores de Cornelio de ser asesinado en escena; y los primeros encuentros con Carmela Rafael, donde se hace más evidente su parecido a Yoko Ono.

Por allá en el 2001 conté con los comentarios invaluable de dos personas: Julieta García González y Verónica Flores Aguilar. Para fortuna mía, cuento con las cartas que ellas me escribieron entonces, donde comentaron varios aspectos del manuscrito que sería *Idos de la mente*. Se puede decir que ellas son las responsables de la versión definitiva que tanto ha gustado, y también de que estas escenas no hayan sido incluidas en la primera edición. A ellas les agradezco sinceramente, así como a todos los lectores que han disfrutado las hazañas de un par de músicos en busca de la gloria celestial.

A todos ustedes, ¡salud!

LHC

## Piel roja

Ramón tiene las pistolas que le regaló su papá, un sombrero tejano y una estrella brillante que dice SHERIFF.

A Cornelio le toca ser indio, como siempre.

Juegan toda la tarde hasta que ya no pueden más. Ninguno dice «ya»; pero, después de tanto escándalo, se nota el cansancio en su silencio, en sus sonrisas apagadas.

El indio invariablemente se muere, derrotado por el héroe.

—Pum, pum —dice Ramón, y Cornelio pone las manos sobre el pecho, grita, lanza una plegaria a sus dioses y se cae. Muere un piel roja valiente.

—Pinche *cowboy*, me las vas a pagar.

## Todos esos niños

Primer día de clases con la profesora Toñita. Niños y niñas voltean a ver al nuevo alumno. No trae mochila, carga libros, muchos libros, con dificultad. No quiere que lo vean, pero los niños y las niñas lo ven y no dejan de mirarlo. No sabe dónde sentarse. La profesora señala un mesabanco. Cruza el salón, tembloroso. Niños y niñas lo miran. Uno de ellos se ríe. Nomás porque sí, se ríe; es una risa contagiosa porque al rato otros niños y niñas comienzan a reírse a carcajadas, ja ja ja. Parece mucho tiempo de risa, como una hora, como dos, como un día entero de música; en realidad son unos cuantos minutos porque Toñita de repente pone orden azotando un metro de madera sobre su escritorio. Sonido estruendoso.

Una nueva escuela y una nueva ciudad. La frontera recibe a Cornelio como recibe cada año a miles de niños. Cornelio es uno de tantos, nada especial. Mira los rayones en la superficie de su mesabanco, los nombres de otros niños que han ocupado ese lugar, igual que él, dejando su testimonio. No se ha dado cuenta que la profe le habla. Ella repite lo que dijo, algo sencillo, una pregunta:

—¿Cómo te llamas?

Pero Cornelio ya no está en la escuela, ha decidido salir, viajando en sus pensamientos, lejos, lejos donde no hay nuevas ciudades ni nuevas escuelas.

Entonces un niño grita SORDO y otro se ríe, y es una risa contagiosa porque al rato niños y niñas riéndose a carcajadas ja ja. El metro de madera, inmisericorde, sobre el escritorio. Silencio. El niño levanta la cabeza y dice:

—Cornelio, me llamo Cornelio.

Y la risa contagiosa. Qué nombre tan chistoso, dicen todos esos niños que se llaman simplemente Luis, Aarón, Néstor, Rocío, Claudia y Paulina, y se ríen, y ríen y ríen y ríen.

## **Incendios y demás**

Un hueco en una de las paredes de la recámara es lo único que recuerda Cornelio de su papá. El hueco está ubicado en un lugar muy extraño, en donde no se puede poner un mueble o un cuadro para taparlo.

Ese hueco le sirve para recordar que su papá era un hombre que se enojaba mucho. Sus corajes solían empezar con un poco de tequila, y otro poco, y otro poco. Y luego se enojaba. Su cara enrojecía, sus gestos se multiplicaban. Sus ojos se llenaban de lumbre. Fuego que consumía ciudades enteras. Entonces su papá ya no era su papá, sino esa persona en llamas.

En una ocasión, el puño del hombre atravesó la pared y dejó un hueco. Por fortuna la pared no era de cemento ni madera, sino de tabla roca: yeso. Y por fortuna la pared no le regresó el golpe.

Cornelio no sabía bien si admirar a su papá porque era muy fuerte o detestarlo porque invariablemente hacía llorar a su mamá.

Parece ser que a su papá le molestaba no encontrar trabajo en una ciudad donde se suponía que todos conseguían trabajo. Uno de esos días, su papá ya no regresó a casa. Quizás encontró otras paredes y otros hijos y otras esposas que lloraban.

## **A la salida**

Difícil ser Cornelio en este mundo de niños que sólo saben reír. Difícil la hora del recreo cuando niñas sonrían y lo señalan. Niños pasan y a veces lo empujan. Tres meses de clases y Cornelio todavía no logra levantar la cabeza para mirar a los demás. Cornelio no habla. Sordomudo, le gritan, le dicen. Chaparro, enano, renacuajo, menosuno. Y ahí está Ramón, con su grupito de malencarados. Ramón es más grande que los demás porque ya tiene un par de años en el quinto grado.

—¿Qué le hacemos? —pregunta un niño del grupito, y Ramón piensa y piensa y piensa.

Entonces otro de los niños ofrece opciones: a) lo golpeamos, b) nos burlamos de él todo el año, c) lo salamos, d) pamba china con picahielo, e) lo golpeamos. Aunque el niño conjuga en plural, Ramón sabe que él sería el verdugo en cualquiera de los casos: golpear, burlar, salar, pambachinar, golpear.

Ramón observa a Cornelio, parece no importarle cualquiera que sea la condena. Si fuera un adulto diría: «Es un morro como cualquier otro, en su mundo hay broncas, también en el mío. Somos víctimas de un sistema capitalista que todo lo consume».

—A la salida —sentencia Ramón, y todos repiten «a la salida, a la salida, a la salida».

Corre el rumor como un sarampión, de niño en niño, de niña en niña, hasta que llega a Cornelio:

—A la salida, a la salida, a la salida, a la salida.

## **Goliat se levanta**

Acaban las clases y el grupito detiene el paso de Cornelio. Lo rodean para que no escape. Lo empujan. Le dicen:

—Tú qué, tú qué.

Cornelio, chaparrito asustado.

De pronto aparece Ramón parado frente a Cornelio, lo mira de arriba a abajo y le dice:

—Tú qué, tú qué.

Ramón (jefe, líder, estrella del quinto grado) sabe que eso generalmente es suficiente para intimidar, quizás un empujoncito y luego ya se puede ir, triunfante. Pero esta vez las cosas cambian. Cornelio no entiende las reglas: levanta la cabeza y no se detiene. Un solo golpe en la cara del grandulón, derecho a la nariz; uno de esos golpes perfectos que llegan a donde deben llegar y hacen lo que deben hacer, uno solo y sangre, sangre, sangre. Niñas gritan, grupito de malencarados sorprendidos porque Ramón está agachado con las manos en la nariz. De pronto Goliat se levanta, y mira a los pequeños filisteos y filisteas, azorados. Desconcierto cede a coraje y David ahí, mirándolo, sin temor aparente.

Ramón se arroja sobre Cornelio y está a punto de golpearlo cuando la mano dura de la profe Toñita lo levanta y tremendo golpe con el metro en las nalgas.

Tronando dedos:

—Los dos, ahorita mismo, a la Dirección.

El papá de Ramón está detrás de un gran periódico. Ramón lee una caja de cereal. La mamá de Ramón le explica a su esposo:

—Creo que tenemos un niño especial, un niño que no es como los demás. Ya sé que piensas que soy una mamá exagerada, que si es tan especial por qué reprueba tanto en la escuela. Pero si lo vieras de cerca, si miraras sus ojos de vez en cuando... Talento y talento. Cada ojo, talento. Es un niño superdotado. Deberíamos hacer algo con él. Deberíamos llevarlo con gente que lo evalúe. Quizás a una escuela de genios. Yo he oído de pequeños que ya cursan la universidad. ¿Por qué no íbamos a tener un genio en la casa? ¿Crees que no lo merecemos? Después de tanto batallar, ¿a poco no merecemos una recompensa? Ramón. Mi Ramoncito. Es cosa de buena suerte. Los niños genio no sólo se dan en las casas de los padres genio. Podríamos ser unos idiotas, según las estadísticas, unos retrasados, y de repente tener un nuevo vástago que sea una personita superdotada.

El papá de Ramón dobla su periódico, acaba su taza de café. Se levanta, revisa su peinado en el espejo y sale de la casa sin despedirse.

### ¿Todo en silencio?

Ramón y Cornelio frente a la directora Marina, una mujer muy arrugada, de cabello blanco, con un gran bastón en la mano y anillos brillantes en los dedos. Empieza su breve diatriba:

—Muchachos pendejos, qué se están pensando. Son unos pendejos. ¿Les gustan los golpes? Levanten las manos, palmas arriba. Un golpe con el bastón en las cuatro manos. Manos rojas. Ramón y Cornelio llorando.

—Ahora sí, ¿muy hombrecitos? ¿Les gustan los golpes?

—No no no no no —dicen los niños.

Ramón y Cornelio lavando el piso de los baños con cepillos. No dejan de llorar. Arrodillados friegan la loseta y enjuagan los excusados. No se hablan. ¿Qué se dirían David y Goliat en una circunstancia parecida? «Perdón por la pedrada, pero yo, aquí, con los israelitas, sólo quería defender la tierra prometida. No lo tomes personal».

Llega la noche. Nadie enciende la luz de los baños. Oscuridad canija. Entra un conserje y les dice que se pueden ir. La escuela de noche. Nadie conocía la escuela de noche. Los largos pasillos. La ausencia de niños. ¿Qué no debería estar todo en silencio? Ruidos en algunos salones, salones oscuros y vacíos. Esa caminata breve durante el día, ahora es larga, el portón inalcanzable. La salvación: abandonar la escuela, regresar a casa cuanto antes. Los niños caminan, luego corren. Y un ruido

detrás de ellos. No voltean. ¿Para qué? Corren, corren hasta la salida, hasta la calle, hasta su salvación.

## El nuevo amigo

Cornelio temía llegar a la escuela porque de seguro el grandulón se vengaría del golpe; pero Ramón alcanzó a Cornelio, la mañana siguiente, y caminó a su lado. Cuando los otros niños intentaron burlarse del más chaparro, el más alto se paró delante de su nuevo amigo. Nadie lo tocaría.

Al principio, Cornelio no sabía qué hacer con su nueva sombra, tampoco sabía qué decirle. Luego resultó cómodo. Podía levantar la cabeza y mirar a los demás niños. Podía caminar libremente por la escuela. Podía, incluso, romper una que otra regla y una que otra ventana. Hasta los profesores dejaron de atormentar a Cornelio, en vista de que Ramón sentía de su propiedad cualquier atraco.

El grupito de malencarados no entendía el nuevo comportamiento de Ramón. El líder se había vuelto amigo indivisible, esclavo, perro fiel del enano, renacuajo, menosuno. Era insólito. Incluso había compartido con él la mitad de su colección selecta de ochenta y cuatro canicas. Era inusitado.

## Tesoro

Le pide que jure por lo que más quiere. Cornelio, todo seriedad, emite un juramento por su mamacita chula:

—Que muera atropellada si se lo digo a cualquier persona.

—Okey —dice Ramón—, sígueme.

Entran a su recámara. Mueve cajas, cajones, cajitas, sacando y metiendo objetos como si fuera parte de un ritual. Por último, Ramón extrae una bolsa de plástico que desenvuelve lentamente. Cornelio observa cuando su amigo saca con mucho cuidado el preciado caudal. Nunca había visto nada parecido fuera de una tienda de ropa. Y en las tiendas procuraba pasar con prisa, abochornado. El tesoro resplandecía en las manos de su amigo. Un brasier. Un auténtico brasier.

—¿Me dejas tocarlo?

—Órale, nomás no lo estrujes.

—¿Me dejas olerlo?

—Órale, nomás no lo llenes de mocos.

—Huele bonito. ¿Me dejas llevármelo a mi casa?

—Claro que por supuesto que no.

Esa noche, Cornelio sueña que corre por un campo mientras una suave lluvia de brasieres cae sobre su cara y su cuerpo desnudo.

Para robárselo, Ramón tuvo que brincar el cerco cuando no había nadie en la casa de la vecina. Estaba colgado en el tendedero, aún húmedo, brillando bajo la luz del sol.

### **Por el amor a mi madre**

Las mamás coinciden en los concursos artísticos de la escuela. Los niños siempre están compitiendo: sea música, declamación, oratoria, escritura de cuentos y poesía.

Sólo fallan en aritmética. Los números no entran a sus cabecitas, aunque las mamás insistan. «Qué no ves, ésta es tu oportunidad. Tú puedes ser el mejor. Aquí le puedes ganar. Concéntrate».

Los números se pasean alrededor de ellos, hacen piruetas, se burlan, los retan a que los alcancen: «Qué pasó, aquí estoy, ¿no me encuentras?» Los números se paran frente a ellos, les dan golpecitos en la mejilla, uno, dos, tres, cuatro golpecitos en la mejilla, cada uno más fuerte. Tú puedes ser el mejor. Concéntrate.

Es común que terminen empatados. Esto es algo que molesta mucho a sus mamás. Cada una sabe que su hijo es el mejor y cree que la otra sobornó al jurado. La mamá de Cornelio lanza desafíos al aire. Algún día verá de lo que soy capaz esa vieja cabrona. La mamá de Ramón lanza injurias al aire. Esa vieja presumida cree que puede resolver la vida de su hijo. Sus miradas se cruzan. Fuego y relámpagos salen de sus ojos.

Mientras tanto, Ramón y Cornelio juegan en un parque.

### **Cuerpos brillosos en la playa**

Ramón y Cornelio en la playa. Se escapan de clases. La secundaria les importa cada vez menos. Buscan lugares alejados, libres de gente. Corren en la arena. Se desvisten y entran al agua fría. Cada uno tiembla. Se miran. Sonríen. Se internan cada vez más en las profundidades del mar. Nadan hasta que se cansan. Sonríen, nunca dejan de sonreír. Se acercan, a veces demasiado. Sus cuerpos se tocan. Después de un rato, se olvida la baja temperatura del agua y sus cuerpos dejan de temblar. Dos cabezas en el mar océano. Se miran. Sonríen. Dos cuerpos brillosos.

Juegan, patalean, ya es tarde. El sol se marcha. Tienen que regresar a sus casas. Nadan hacia la orilla y dejan que las olas los golpeen, los tumben, los arrastren. No se dan cuenta de que ninguno de ellos ha dicho una sola palabra desde que entraron al

mar. Se comunican de otra forma.

Salen finalmente y el frío los envuelve. Se sientan en la arena, esperando secarse con el viento, tiritando, sin dejar de sonreír. Los cuerpos se acercan un poco, se tocan un poco. Calor, un poco. Todavía el silencio. Se miran unos momentos. Corren desnudos, risas, risas. Se arroja uno sobre el otro. Lucha libre. Juegan. Ríen. Se levantan. Corren. Es muy tarde. Se visten rápidamente. Regresan a casa.

## **José Alfredo en la playa**

José Alfredo en su auto deportivo, rumbo a la costa. Lo acompañan su esposa y sus hijos. Zumba el auto rojo, convertible, por el paseo costero. Gente lo reconoce y lo señala con el dedo.

La familia se estaciona y los niños salen corriendo, se quieren meter al mar, se quieren bañar. La señora saca una canasta y las toallas. José Alfredo desciende del automóvil y la gente lo describe como un acto musical. Los observadores se llenan de música, recuerdan una canción. Sonríen. Desde el otro lado de la acera, alguien grita su nombre y José Alfredo voltea, saluda. Su mano ondea en el aire y sus admiradores toman fotografías.

José Alfredo lleva a sus hijos a comprar unos helados. La niña quiere de fresa; el niño, de tamarindo. De pronto, una multitud de niños aparece alrededor de ellos, cada uno exigiendo un helado de frambuesa, chabacano, mango, mamey, zarzamora. José Alfredo extiende un billete que es mucho más, demasiado, y el señor de los helados empieza a repartir.

Los niños festejan, gritan. Jalen los brazos de José Alfredo y logran agacharlo para propinarle besos en la mejilla, besos de frambuesa, chabacano, mango, mamey y zarzamora.

Uno de los niños, accidentalmente deja caer su helado sobre una de las botas recién boleadas de José Alfredo. Los observadores guardan silencio: las amas de casa y los policías y el señor de los helados y los vendedores de chicharrones. Los admiradores de José Alfredo saben que a veces se enoja, a veces no puede controlar su mal genio, y notan su cara seria, su frente arrugada. El público aspira y retiene el aire.

José Alfredo mete su mano al bolsillo y le extiende una moneda al niño. El público suelta el aire. José Alfredo limpia su bota con una servilleta, se despide de todos y corre para alcanzar a su familia que ya está en la playa, sus hijos en el mar, brincando, divirtiéndose.

Desde un rincón en el cielo, Dios no lo pierde de vista.

Lo extraña.

Un momento antes habían estado hablando de eso:

—Cuando una turba enfurecida de sombrerudos se dirige hacia ti; antes que otra cosa, lo primero que debes hacer es correr.

Los dos amigos se echan a correr. Dan vuelta a la esquina. Tratan de esconderse. Ramón es más ágil y hubiera evitado cualquier encuentro con los sombrerudos, pero cuando su amigo tropieza y cae al suelo, como en las películas; su corazón le impide seguir corriendo.

La turba pronto está alrededor de ellos. Miradas encabronadas. Labios que escupen. Manos con garrotes.

—Nomás no maltraten sus instrumentos —dijo uno de los sombrerudos.

Llueven puñetazos, garrotazos y patadas. Los golpes caen como una granizada que despierta de mal humor en época de sequía. Después la turba desaparece.

Dos amigos oliendo la banqueta, lastimados, sin fuerza para levantarse. Ramón le dice a Cornelio:

—No te pongas amarillo.

—Amarillo no me pongo —responde Cornelio, pero me queda claro el mensaje: no podemos seguir tocando sin afiliarnos al sindicato de músicos.

—Mañana mismo —dice Ramón.

## Desconfianza

Cornelio sale del baño. Acaban de terminar una tanda y él ya está cansado, sin ganas de seguir.

Un hombre desconocido se ha sentado junto a Ramón; un hombre joven y guapo, de traje impecable. Hablan entre ellos. Sonríen. Brindan. Muy frescos. Ramón le hace una señal: «Acércate, ven». Cornelio camina como si arrastrara los pies. No quiere llegar hasta donde están ellos. Desconfía. Finge indiferencia. Se detiene y platica con una muchacha antes de llegar a la mesa. No sabe cómo explicar lo que siente. Ramón todo sonrisas. El hombre tiene un diente de oro que brilla como si tuviera luz propia.

—A que no sabes qué —dice Ramón.

—Este señor quiere que grabemos un disco. Quiere que vayamos a Oxnard pa grabar un disco.

## El bar de los músicos

Músicos y cantantes frecuentan el mismo bar. Es un tugurio que no tiene nada de especial salvo que no le sirven a desentonados o desconocidos. En un recorrido rápido podemos ver a Cuco Sánchez, Amalia Mendoza, Miguel Aceves Mejía, Luis Aguilar, Lucha Villa y muchos otros que departen con alegría contando chistes y criticando a cualquiera que no esté presente. Llama la atención el silencio detrás del bullicio. No hay música. Para esta gente que vive tocando o cantando, la música no tiene lugar.

Para José Alfredo, el bar es como una biblioteca en donde puede estar sin que nadie lo moleste. Los parroquianos lo ven llegar y lo dejan sentarse solo. Así lo hace todos los jueves, a la misma hora.

Cornelio coincide con él. Pero pronto se le advierte que no debe molestarlo. No obstante se sienta ocupando una mesa cercana. Lo mira. Lo admira. Todos los jueves podemos ver a Cornelio cerca de José Alfredo, sin atreverse a dirigirle una palabra, simplemente admirándolo, simplemente deseando algún día ser como él. Quizá sea demasiado pedir; pero le gustaría algún día invitarle una copa. Tiene muchas dudas acerca de este ambiente y le gustaría hacerle muchas preguntas.

Un jueves, Cornelio llega antes que José Alfredo. Lo espera. Pasan varias horas.

Cornelio sale de la cantina, un poco triste, un poco preocupado por el maestro. Está a punto de tomar un taxi, cuando se acerca un auto deportivo. José Alfredo lo invita a subirse. Arranca a gran velocidad. Cornelio apenas logra ponerse el cinturón de seguridad.

—Quería decirte una cosa —le dice José Alfredo—. Escuché tu último disco y me gustó.

Cornelio quiere agradecerle el comentario, pero ya llegaron a su casa y tiene que bajarse. José Alfredo sabía bien donde vivía Cornelio. José Alfredo lo sabe todo.

## **Por medio de la presente**

¿De dónde llega la inspiración? Cornelio abraza su bajo sexto y una nueva melodía se materializa en sus pensamientos. Aunque aparenta ser sencillo, en realidad es un proceso muy elaborado; requiere de mucha meditación, de mucho esfuerzo espiritual.

Cornelio se concentra en un objeto brillante, entra a un estado de trance. Así, los versos de la canción llegan como árboles que se caen, uno tras otro, a lo largo de una ciudad. Recurre a este método con mayor frecuencia.

Hace unas semanas mandó un memorándum al personal:

Por medio del presente hago de su conocimiento el procedimiento a seguir en caso de que yo me encuentre en medio de un trance creativo.

1. Acercarse con mucho cuidado para evitar a toda costa que yo despierte.

2. Apuntar mis palabras, poniendo mucho cuidado a las pisadas que indico en mi bajo sexto.

3. Tener una cerveza cerca porque voy a tener mucha sed.

El personal lo sabe muy bien: no hay nada más desagradable que un Cornelio enojado. Cuando regresa de su trance y nadie ha tomado apuntes, se desata una furia incontenible; vuelan sillas, platos, botellas, acordeones. Grita, humilla, mienta madres, corre a los responsables.

No se dan cuenta de que Cornelio hace un recorrido muy largo para llegar a esas canciones. Alguien las escribe antes que él y se las entrega perfectamente redactadas.

Son unos holgazanes, no saben entenderlo. No saben que escribir canciones es una experiencia mística.

Enfadado de la ignorancia de sus colaboradores, ya dejó de explicarles que él tiene una línea privada que lo comunica con Dios.

Dios lo ha elegido entre sus creaciones.

Recientemente, Cornelio entiende que es un profeta, que tiene una misión que cumplir, como Moisés en un tiempo remoto. Como tantos otros patriarcas bíblicos.

La música de Los Relámpagos es la Palabra de Dios, y a Dios le gusta la música norteña por encima de toda las cosas.

## **Una muerte incómoda**

José Alfredo en una cama. Tubos entran por su nariz, tubos se insertan en sus brazos. Un aparato, siempre despierto, está atento a su respiración, contando los minutos: menos diez, menos nueve, menos ocho. José Alfredo se está muriendo. Durante las noches delira. Cornelio lo escucha balbucear frases que bien pueden ser canciones, frases que hablan de amor y valentía. Las frases recorren el cuarto del hospital.

Durante el día, José Alfredo escribe en pequeños cuadros de papel sanitario que lanza por la ventana. «Me estoy muriendo, ven a verme, tengo algo que decirte». Cornelio recibe los papeles y no sabe qué hacer con ellos. Le manda decir que está ocupado, que está en medio de una canción, en medio de una gira, que es imposible. La muerte no es algo grato, piensa Cornelio. Intenta escribir un corrido dedicado a su amigo José Alfredo, las palabras no llegan, sólo los papelitos, no sabe qué hacer con ellos.

En el hospital, José Alfredo es un cascarón que se deteriora. Cornelio se sienta en una silla junto a la cama.

—Quiero hablar de Dios —dice José Alfredo.

«Dios y la muerte, un tema común», piensa Cornelio.

—¿Qué quieres decir de Dios?

—Yo sé que él te da las canciones.

Sorpresa. Incomodidad. «No debí haber venido».

—No entiendo.

—Siempre lo he sabido, ¿crees que no las reconozco?

—No entiendo.

Desagrado. Impaciencia. «Me quiero ir».

—Se parecen mucho a las mías, ¿no te has fijado? A las primeras, ¿te acuerdas?

—No me acuerdo.

—Yo también recibía sus canciones. Yo era como tú, Cornelio, también me escogió.

—No entiendo.

Incomodidad. Sudor. «¿Qué estoy haciendo aquí? Fue una equivocación».

—Pero ¿sabes una cosa?

—No.

—Me liberé. Tuve que hacerlo. No podía ser el mismo arreglo para siempre. «Tenemos que hablar», le dije, «esto no puede continuar. Tengo que hacer mis propias canciones». Y eso fue todo. No se enojó. No dijo nada. Acaso un “ah” divino. Y simplemente se fue. No volví a saber de él. Entonces yo empecé a escribir. Así, en pequeños cuadros de papel. Frases sueltas al principio. Inconexas. Sufría mucho para juntarlas, para que fueran estrofas. Pero me gustaba. Era como armar un rompecabezas donde los versos eran las piezas. Los juntaba, no se conectaban; les buscaba el lado hasta que embonaban perfectamente. ¿Y sabes una cosa? Al poco tiempo las canciones fueron tan buenas como las que me daba Dios, quizá mejores. Éxito tras éxito. No estaba seguro de que pudiera lograrlo, no estaba seguro de que pudiera tocar los corazones. Pero sí. Una a una entraron lentamente, acariciaron, hicieron cosquillas, se asentaron en las casas y se hicieron parte de la vida de las familias y del pueblo. Mis canciones, no las de Dios. ¿Me entiendes? Tú también puedes hacerlo, Cornelio. Sólo le dices. Eso es todo. Y empieza. Te va a gustar. Hacer canciones es lo mejor. Te lo aseguro.

«No entiendo», piensa Cornelio.

Escalofrío. Dolor de estómago. Vértigo. Es el olor a hospital.

«No sé qué es. Algo en este cuarto. Mejor me voy».

Cornelio se levanta de la silla.

—Inténtalo.

—No entiendo. Me voy. Me siento mal.

Abandonar el hospital, regresar a casa cuanto antes. Cornelio camina, luego corre. Un ruido detrás de él: menos siete, menos seis, menos cinco. No voltea, es lo mejor. Corre, corre hasta la salida, hasta la calle, hasta su salvación.

Yéssica Guadalupe describe el arte de pintarse las uñas.

—Mira. Cada una de ellas tiene *su* propia personalidad. Dios las ha puesto en la mano para coronar los dedos, y como cada dedo es distinto, cada una de las uñas debe llevar su propio color y encima un diseño especial que se debe improvisar cada semana. Estrellas, corazones, frutas. Ésta que es en honor tuyo tiene pequeños sombreros tejados. ¿Ya los viste? Son diminutos. Acércate bien. Bobo, te pintaste la nariz. Ay, la arruinaste. Voy a tener que empezar de nuevo. No te preocupes, es un placer para mí.

## Despedida

Ramón se despide de su hijo:

Algún día entenderás que es un gran tipo tu viejo. Algún día tendrás mi edad y comprenderás lo que me está sucediendo, las inquietudes por las que pasa el corazón de un hombre. Algún día, quizá, te guste la música: vas a levantar un acordeón y recordar a tu padre. Para entonces seguramente ya estaré seis pies abajo.

## Un viejo amor

Dios se percata de que Cornelio no le está poniendo atención:

—¿Qué te pasa, muchacho?

—...

—Algo traes en la cabeza, yo lo sé. Acuérdate que lo sé todo. —Si lo sabes todo, por qué me preguntas.

—...

—...

—Te pregunto porque quiero que me contestes.

—Es que...

—¿Sí?

—No sé cómo decírtelo.

—Suelta.

—Es que ese último verso...

—¿Qué tiene?

—Creo que ya lo escribimos en otra canción.

—¿Cómo?

—Sí. Me parece que ya lo usaste.

—¿Que ya lo escribí? Eso no puede ser.

- Estoy seguro, ya lo usaste.  
—¿En cuál?  
—Eso qué importa.  
—Oye, si me estás acusando de repetirme, quiero saber dónde me repetí.  
—Ay, ¿ves? Por eso no quería decirte.  
—Qué.  
—Siempre te pones así.  
—¿Siempre?  
—Nunca escuchas mis consejos.  
—¿Nunca?  
—Si te hago una crítica te enojas.  
—Espérame, estás cambiando de tema.  
—Es lo mismo. Es lo mismo. Te repites o haces algo mal, te critico y me ignoras.  
—¿Mal?  
—Sí, francamente.  
—¿Qué he hecho mal?  
—Todo.  
—¿Todo?

—Es que ya no es lo mismo. Tus canciones, ¿cómo te diré? Me parecen un poco... forzadas, como que si ya no inviertes el mismo esfuerzo. A veces obligas una rima, a veces le cambias el acento a las palabras, las metes con calzador.

## Periódico

Encabezado de periódico: «Muerte misteriosa de narcos». El reportero explica: «Filomeno Mata, alias “El Rascagüele”, conocido lugarteniente de los hermanos Avellana, fue encontrado muerto misteriosamente junto a uno de sus ayudantes. La policía aún no logra descifrar las razones de su deceso ya que los cadáveres no muestran claras señas de agresión. El hecho de que el crimen se haya cometido a unos días de su cumpleaños... Pasa a la página 4B».

La página 4B contiene la cartelera cinematográfica, el horóscopo, un crucigrama y una gran foto de Cornelio: pronto estrenará sus más recientes composiciones.

## No vuelvo a amar

Es un momento tenso. Dios y Cornelio se dicen cosas que nunca se habían dicho.  
—No sabía que te sintieras así —dice Dios.

—¿No sabías? Pues sí —responde Cornelio.

—Ah, bueno. Ya que nos estamos sincerando...

—¿Qué?

—Tal vez deba decirte ciertas cosas.

—¿Como qué?

—Tus arreglos.

—¿Mis arreglos?

—El mariachi no te funciona, no es para ti. Hay gente que trabaja bien con mariachi, a ti no te funciona, no te sale. Mi música no es para mariachi, ni para banda sinaloense. No te lo había dicho, pero...

—¿No te gustan mis arreglos? Pero los discos se están vendiendo, la gente los está comprando.

—Ah, no sabía que eso era lo único que te importaba.

—No es lo único, claro que no es lo único.

—Deberías cuidar un poco más la calidad, a veces la descuidas. —Esto no está funcionando.

—¿Qué?

—Nosotros.

—¿Qué?

—No te lo quería decir... Pero es la verdad... Me están ofreciendo canciones.

—¿Te están qué?

—Sí. Ya te lo dije, ya lo sabes.

—¿Y quién chingados te está ofreciendo canciones?

—Ya sabes... la raza...

—¿La raza?

—Los que hacen canciones.

—¿Cantoral? ¿Es ese Cantoral?

—No, él no; pero hay otros.

—No sabía.

—Pero no te enojés.

—No me enojo.

—Tampoco quiero que dejes de compartir conmigo tu trabajo.

—No, claro.

—Sólo espero que me entiendas.

—Claro.

—No estás enojado, ¿verdad? —dice Cornelio.

—¿Yo, cómo crees? —responde Dios.

**Una muchacha que no encajaba**

Ramona, como muchas otras admiradoras, empezó participando en uno de los clubes. Se vestía de vaquerita, hacía colectas en las calles y organizaba fiestas donde sólo se escuchaba música de Los Relámpagos.

Sus compañeras la describen como una muchacha entusiasta, aunque no era fácil integrarla a los equipos de trabajo. Era muy callada, propensa a la mitomanía y a ofenderse con los comentarios de las demás, especialmente si concernían a su gordura. La mayoría de las Relampaguitos eran chicas guapas y delgadas, sonrientes y buenas bailadoras. Ramona no encajaba entre esas princesitas.

Adelaida del Real, que en aquella época fungía como presidenta del club, recuerda que trató varias veces de integrarla al grupo y platicó con las demás para que le ayudaran a motivarla. «Todo fue inútil», comentan las hermanas Larissa y Gabriela Posada. «Ramona no aceptaba nuestros consejos de cómo vestirse o pintarse. La mayor parte del tiempo se veía fodonga».

Tania Candiani, otra de las Relampaguitos, la escuchó confesar que alguna vez se había acostado con uno de sus ídolos. Esta información rápidamente se propagó entre el club, ocasionando una seria disputa entre sus integrantes, colmadas por lo que ellas llamaban «otra mentira de la Ramona».

Se sabe que Ramona participó durante poco tiempo en la pandilla «Cornelio es primero», aprobando las rudas exigencias de las participantes. Una ex miembro de una de las pandillas, que ahora prefiere permanecer en el anonimato, nos dijo que Ramona tampoco se integró completamente a su pandilla. No era una cuestión de apariencia, como sucedió durante su tiempo con las Relampaguitos, sino cuestión de actitud frente a la violencia, que era la principal motivación de las pandillas.

Ramona alguna vez comentó que a ella le gustaban mucho las canciones de ambos Relámpagos y que le parecían igual de guapos. Ese comentario causó su expulsión de «Cornelio es el primero», en cuyos lincamientos decía claramente que Cornelio era más guapo que Ramón y que eso no debería discutirse.

No hay evidencias acerca de su comportamiento durante los meses siguientes a su expulsión. Se sabe que vivió una vida solitaria, entre su trabajo como estilista y su departamento en la calle Sexta. Sus vecinos comentan que era una muchacha gorda que rara vez salía de su casa. Pasaba muchas horas leyendo *The catcher in the rye*, de J. D. Salinger, escuchando de fondo el corrido *La muerte de dos norteños*, una vez tras otra, como si no existiera otra canción en el disco, en el mundo, en la vida.

## Seis tiros 1

La pistola sale de un bolso. Se codea con la muchedumbre en el concierto. Nadie parece observarla, aunque anuncia su presencia. Pasa junto a parejas que bailan con sus trajes típicos de vaqueros. Pasa junto a los enamorados que sólo les importa

besarse. Pasa a un lado de las que quieren tocar a su ídolos. Se mueve entre vendedores ambulantes que han dejado de vender, cautivados por la música. Se acerca al escenario. Ramón y Cornelio interpretan *La culebra*.

La pistola es paciente. Enfrente de todos, espera el mejor momento. No escucha la música, no le interesa. Tiene un solo objetivo. El dedo no suelta el gatillo. La mano está firme, sin temblores ni sudor que la agobien. Se mueve ligeramente, al ritmo de la canción. El hombro y el resto del cuerpo han encontrado un lugar frente al escenario. Una expresión seria en medio de todas las sonrisas y la euforia. Las cámaras de video la captan pero no revelarán su secreto hasta días después, durante las investigaciones.

Ramón y Cornelio se juntan, comparten un micrófono, ése es el momento.

Entre la muchedumbre, una pistola se levanta, apunta y dispara seis veces.

## Seis tiros 2

Ese día Ramón tenía un dolor de estómago. Harta diarrea. Pensaba cancelar el concierto. Las cosas andaban tan mal con Cornelio que había decidido no mencionar su dolencia. Seguramente el otro Relámpago hubiera dicho que era un problema más, irremediable, que causaba Ramón. Ya en otra ocasión habían tenido que cancelar un concierto en Hermosillo porque Ramón había amanecido mal de salud. Cornelio no lo tomó con ligereza y lanzó una serie de acusaciones que ni siquiera venían al caso.

Como era de esperarse, Ramón no le había dirigido la palabra en todo el día. El ensayo de la mañana resultó muy complicado porque requería de traductores, gente que recibiera las palabras de Cornelio y después se las hiciera llegar a Ramón, con su debido filtro para no ofender. Así, un comentario como: «Dile a ese pendejo que se concentre en lo que está haciendo», se convertía en: «Le sugiero que ponga mayor interés a sus actividades». La respuesta de Ramón podía ser: «Dile que chingue a su madre» y el traductor cumplía con decirle a Cornelio: «Con mucho gusto acataré sus indicaciones».

Jimmy Vaquera había tratado de mediar entre ellos, sobre todo diciéndoles que sus rencillas se estaban notando en el escenario. Por cariño a su público, opinaba, deberían fingir que son los grandes amigos de siempre, y compartir un micrófono como lo hacían antes.

DAMAS Y CABALLEROS, YA LLEGÓ POR QUIEN LLORABAN. TENGO EL GUSTO DE PRESENTARLES A LOS ÚNICOS, ORIGINALES... RELÁMPAGOS DE AGOOOOOOOOSTOOOOO.

Entraron a escena, cada uno por un lado del escenario, como lo hacían siempre, bajo el rugido entusiasta de la multitud y la indivisible atención de los reflectores. Interpretaron algunos de sus primeros éxitos: *Ojos de canela y miel*, *Madrecita*

*inolvidable, Pequeño huerto en el que estás.* La voz de Cornelio estaba en su punto. El acordeón de Ramón vibraba con acordes perfectos, sus dedos se deslizaban tan rápidamente por los botones que parecía en momentos que su mano derecha tenía más de cinco dedos.

Jimmy Vaquera recuerda perfectamente que le desilusionaba que Los Relámpagos no le estuvieran haciendo caso en lo que les había solicitado. Ninguno se movía, tocaban y cantaban como estatuas, desde sus pedestales, sin dar un paso hacia el centro del escenario. Esperaron hasta la mitad del concierto y Jimmy no puede asegurar si fue Ramón o Cornelio quien dio el primer paso a la izquierda o a la derecha; pero se desplazaban lentamente hacia el centro y cada metro que recorrían crecía el ambiente. El público se llenaba de emoción, presentía una reconciliación. Finalmente, mientras tocaban *La culebra*, Ramón y Cornelio se encontraron compartiendo el mismo micrófono.

Ramón, que había estado sufriendo durante el concierto de sus dolores de estómago, sintió que sus penas se disipaban, un renacimiento, las hojas verdes volviendo a salir en sus árboles, las nubes y las tormentas alejándose de su vida. Su acordeón vibró entusiasmado nada más por el hecho de estar junto a Cornelio, sus bocas compartiendo un micrófono, separadas apenas unos centímetros y *La culebra* sonando guapachosa yailable, mientras la gente, esa masa amorfa de otro tiempo se convertía en seres individuales, personas felices, inquietas, palpitantes, bailando al compás de esa cumbia, de ese acordeón, de ese bajo sexto. Podían verse las caras lindas y feas de las muchachas y los muchachos, los sombreros vaqueros y las manos y los cuerpos que también vibraban, los rostros dulces, energéticos, y en medio de ellos, justo enfrente, una cara conocida, extrañamente seria, que provenía de un lugar lejano, de una distancia extrema, de un tiempo remoto, de una adolescencia casi olvidada, una cara, un cuerpo grueso, un brazo que repentinamente se levantaba y una mano que sostenía una pistola, una pistola que apuntaba directamente a ellos y disparaba seis veces.

### **Bala perdida, bala perdida**

El informe pericial preliminar dictaminó que, la noche del atentado, seis balas salieron de la Beretta calibre 38.

Bala número uno: se incrustó en la pierna de Ramón, fracturándole el fémur.

Bala número dos: atravesó la camisa de Ramón, a la altura de su manga derecha, ocasionándole un rasguño.

Bala número tres: perforó un tambor de la batería que se encontraba exactamente detrás de ellos.

Bala número cuatro: se clavó en una plataforma mecánica que se utiliza para

levantar y bajar reflectores.

Bala número cinco: tras golpear una barra metálica, cambió su curso impactando un par de lámparas al fondo del escenario.

El informe pericial todavía no llegaba a una conclusión satisfactoria acerca de la bala número seis, ya que, tomando en cuenta el ángulo del disparo y la trayectoria del proyectil, éste debió incrustarse en la caja torácica de Cornelio.

¿Qué fue de ella?

Cornelio tenía una hipótesis.

## **Bala perdida, bala perdí**

Pocas personas escapan a su destino. Y el destino fue muy claro para Cornelio: morir sobre el escenario, mientras cantaba *La culebra*. Como no fue así, y como las reglas del universo no se rompen, esa bala, destinada a su pecho, giraba alrededor de la Tierra, como un satélite, esperando el momento propicio para llegar a su destino: el palpitante corazón de Cornelio.

Esa bala lleva su nombre. Y cualquier día, en cualquier momento, cuando menos lo espera, su vida llegará a un abrupto final.

—...

—...

—¿Qué te parece? —pregunta.

—Un tanto melodramático —dice José Alfredo.

—Es sólo una hipótesis.

—...

—...

—¡Salud!

—¡Salud!

## **Entiérrenme cantando**

Cornelio suele realizar largas caminatas después de un concierto. Disfrazado con un bigote postizo y una peluca, la gente no lo reconoce en la calle; puede caminar, solitario y contemplativo. Recorre cafés, rincones bohemios y galerías de arte. Busca algo distinto al mundo frívolo de la farándula. Sabe que debe haber algo más allá del arco iris.

Asiste a una exposición de una joven artista de vanguardia. Durante un rato permanece en silencio, intentando pasar desapercibido, comiendo trocitos de queso y

bebiendo vino tinto.

Se acerca a una escalera, lee un letrero que dice SUBE. Cornelio nota que nadie ha subido. No sabe qué hacer. La joven vanguardista se acerca. Su nombre es Carmela Rafael.

—Sube —dice.

Cornelio no sabe qué hacer. No quiere ser víctima de una broma o de un insípido *performance*. Sube. Arriba no encuentra nada. Se dispone a bajar. Antes, ve que hay una tarjeta. La lee: «Todos esos éxitos, ¿en realidad son tus canciones o alguien las escribe por ti?» Voltea la tarjeta, dice: «Sabrá Dios».

Cornelio está indignado. Baja la escalera, se quiere ir.

## Menos que nada

Carmela Rafael, vestida de negro, ojos rasgados. Voz grave.

—¿Qué te parece?

—...

—¿No te gustó?

—No me gustan las bromas.

—No entiendes el arte.

—No es arte, son chingaderas.

—Ah, un crítico.

—No soy crítico.

—Es conceptual. No es para que te guste o te disguste.

—¿Entonces?

—Entonces qué.

—¿Entonces para qué me preguntaste?

—Quería saber si eras *cool*.

—¿Si era qué?

—Aparentemente no lo eres.

—No me importa.

—Si lo fueras, no estuvieras tan enojado.

—No estoy enojado.

—En la negación, además.

—Mejor me voy.

—Bueno, pero antes... ya que eres tan brillante, por qué no nos explicas qué es lo que te molesta tanto de mi obra.

—No me molesta.

—Queremos oírte.

—Es que es una broma, todo es una broma. Sólo quieren reírse de mí.

—¿Y qué te hace pensar eso?  
—La tarjeta.  
—Y eso qué tiene.  
—Lo que dice.  
—¿Lo que dice?  
—Lo de Dios, eso de Dios, lo que dice de Dios, es una broma.  
—Calmado.  
—Ya me quiero ir.  
—Tráiganle un vaso de agua.  
—Ya me quiero ir.  
—Tranquilo, tranquilo. La tarjeta está en blanco.  
—...  
—Mírala, está en blanco.

### **Qué tal si te compro**

Cornelio está muy apenado. Carmela Rafael lo acompaña, caminan por una calle poco alumbrada. Silencio entre los dos.

Ella le habla de algunos poetas que él no conoce. Él menciona algunas canciones que ella nunca ha escuchado. No es una mujer como las demás, ni siquiera ha oído hablar de Los Relámpagos de Agosto.

¿Y sus pies? Lamentablemente ella usa unas pesadas botas militares.

Cornelio busca la mejor manera de lanzarle un piropo, pero sólo se le ocurre: Oye, ¿tienes novio?

Carmela Rafael lo barre de pies a cabeza, desde su sombrero tejano hasta sus botas puntiagudas de vaquero. Descubre en él algo de la bestialidad humana que siempre había añorado, y de la cual sólo había leído en las novelas de los existencialistas.

Le parece un poco extravagante que use bigote y peluca. Lo atribuye a que es un artista, sin lugar a dudas debe serlo; su porte, su temperamento lo denotan.

### **Tristes recuerdos**

Ahí está la mamá del niño Ramón, bocabajo, en la calle. Un carro blanco acaba de pasar a toda velocidad. Su mamá nunca se dio cuenta. Llevaba a su hijo de la mano en un instante, y en otro, el carro blanco le dio de frente arrojándola cinco metros adelante.

Ramón no sabe cómo explicar lo que siente. Es algo oscuro.

Algo doloroso que se amontona en el interior de su corazón. No puede explicarlo. Baja la cabeza. Los transeúntes se reúnen alrededor de su mamá, tratando de ayudarla. La sirena de una ambulancia suena en la distancia.

El carro blanco huye a gran velocidad.

—No estés tan serio, Chaparrito —dice la mamá de Cornelio—. Hay cosas que no se pueden solucionar de otra manera.

## **Polaroid que se va**

Cornelio dobla la cintura y hace una prolongada reverencia a su público.

Se siente distinto. No es lo mismo estar parado solo frente al público. Antes, los aplausos eran compartidos, mitad para él, mitad para Ramón. Ahora todo es suyo. Todo el entusiasmo del público cautivo; todas las ganas de tocarlo, de acostarse con él, de querer ser como él.

Es algo inesperado.

Piensa en su amigo. Lo ve como en una fotografía Polaroid, de esas que se empiezan a borrar con el tiempo; lo recuerda como a una antigua esposa, alguien con quien tuvo buenos momentos que ahora han quedado en el olvido. Me gustaría que estuviera él aquí. Creo que estaría orgulloso de lo que he logrado.

Cornelio hace una larga caravana frente a los aplausos del entusiasta público. Extiende los brazos, levanta la vista al cielo.

Cada noche...

Bala perdida, ven a mí.

... se prepara para la muerte.



LUIS HUMBERTO CROSTHWAITE (Tijuana, 1962) es autor de varias novelas y libros de relatos entre los que destacan *Marcela y el rey al fin juntos*, *El gran preténder*, *Instrucciones para cruzar la frontera*, *Estrella de la Calle Sexta* (2000), *Aparta de mí este cáliz* (2009), *Idos de la mente* (2010) y *Tijuana: crimen y olvido* (2010). Reside en la esquina más septentrional de la frontera de México con Estados Unidos.

# Notas

[\*] A lo largo de varios años, el poeta sonoreense Abigael Bohórquez se interesó en las vivencias de este dueto norteño y sostuvo con ellos amenas entrevistas que abarcan desde sus humildes inicios hasta sus días de gloria. Aquí se incluyen algunos fragmentos de las entrevistas, mismas que Tusquets Editores próximamente publicará en forma de libro, titulado *Truenos y relámpagos: conversaciones con Ramón y Cornelio*. <<